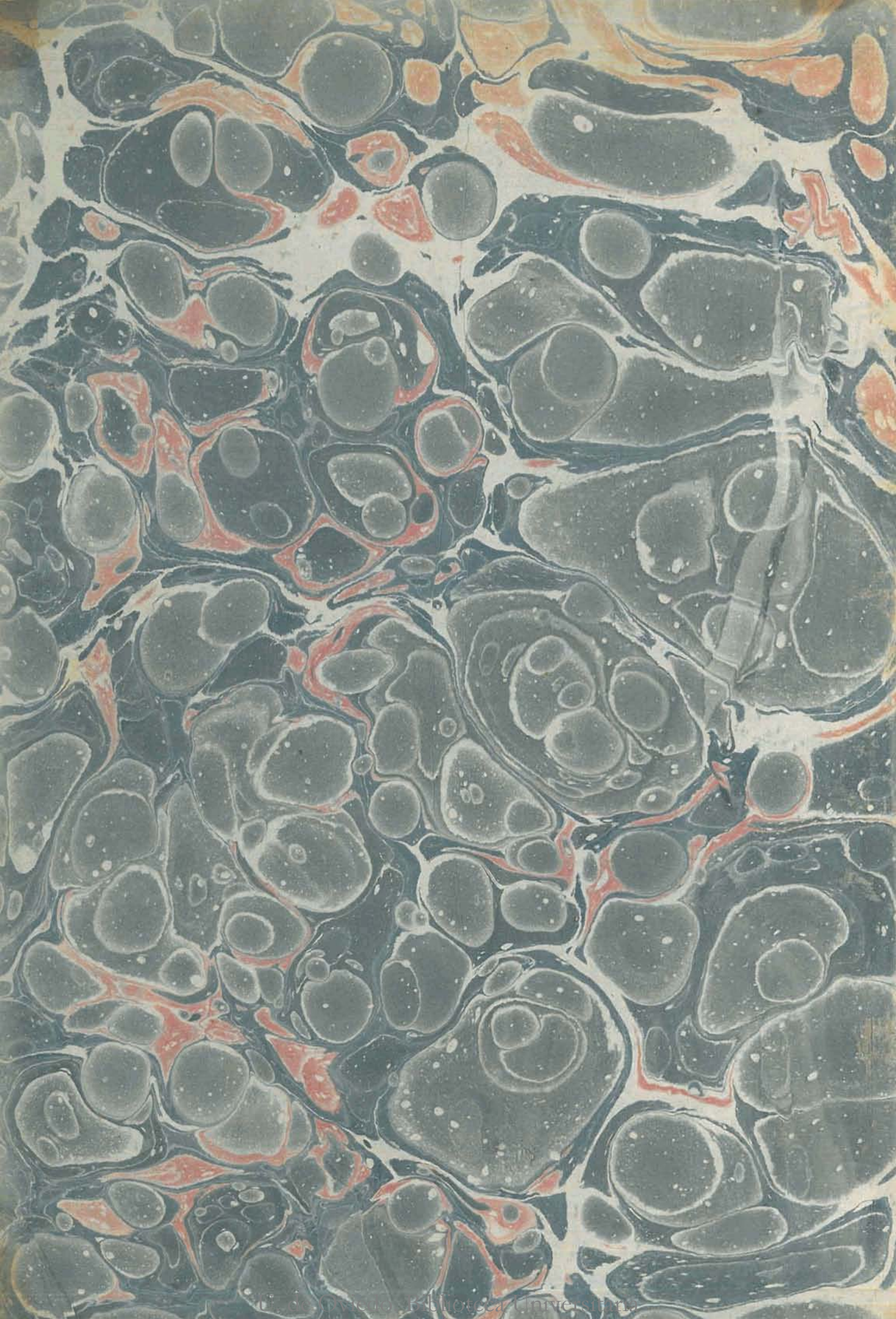
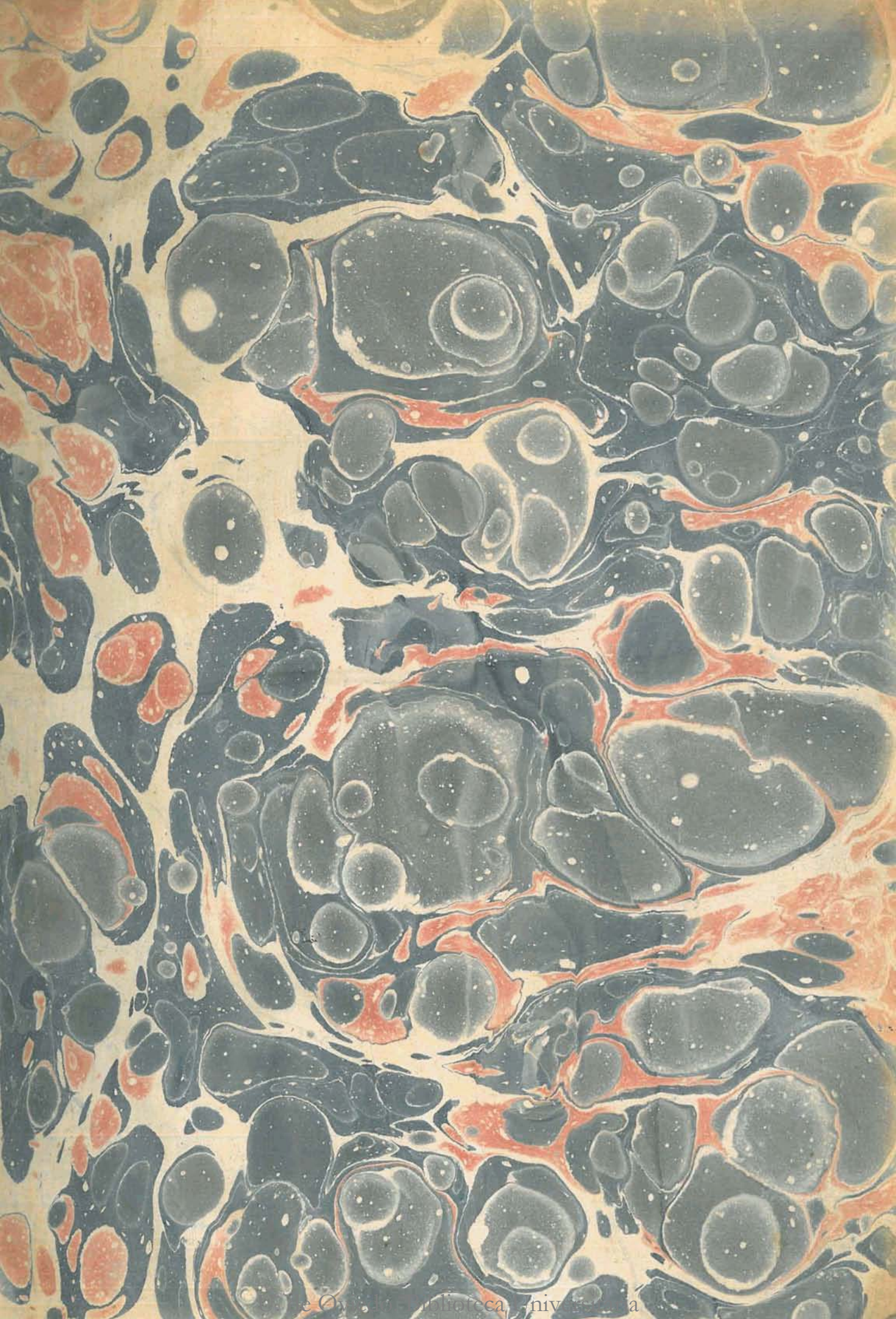








REGISTRADO POR
PARTINOPLÈS

Vito

SP

225-P

My Larn

M

R. 12.565

Pien 80

IV-109



HISTORIA
DEL MUY NOBLE,
Y ESFORZADO CAVALLERO
EL CONDE
PARTINUPLÈS,
EMPERADOR
DE CONSTANTINOPLA
COMPUESTA
POR GASPARD ALDANA.

Año



1756.

Hallarése en Madrid en la Imprenta de
Antonio Sanz, en la Plazuela de la
calle de la Paz.



Ab. 5 735778

EN EL NOMBRE DE DIOS.

Amen.

CAPITULO PRIMERO.

COMIENZA LA HISTORIA de el esforzado, y valiente Conde Partinuplés, Conde del Castillo de Blés en Francia, que despues fue Emperador de Constantinopla por su gran esfuerzo, y hechos en armas.

HAVIA en el Imperio de Constantinopla un Emperador, que havia por nombre Julian, y no tenía hijos; y acaeció, que vino á él una Mora encantadora, que sabía muchos encantamientos, y díxole, que le prometiese de no descubrir al hijo, ó hija que Dios le diese, que ella haría de manera, que él tuviese hijo, ó hija en la Emperatriz: y Emperador se lo prometió; y dixo la Mora al Emperador, que se fuese á la tierra del Rey Hernán, y que alla habría una hija de una doncella Mora, y quando viniese, que habría en la Emperatriz hija, ó hijo. Así embió sus mensajeros á Hernán, diciendo, que se quería ir á holgar á su Floresta, porque le havian dicho, que era de mucha caza. El Rey Hernán como lo supo (aunque eran enemigos) plugóle mucho, porque entendió, que por esta razon seria su amigo, y mas, que no recibiría mas daño de lo que primero havia recibido; y recibió muy bien los Mensajeros, é hizoles muy gran honra, y mandóles luego dar la respuesta para el Emperador, y le embió á decir, que era muy contento de ello. Quando el Emperador oyó esto, hubo muy grande placer; y el Rey Corsol, y el Rey Clausa, sus vasallos, fueron con el Emperador, y muchos Ricos-Hombres del Imperio: y la Dueña encantadora fuese con él á la Ciudad de Damasco, do estaba el Rey Hernán frontero del Imperio. Quando supo el Rey la venida del Emperador, aderezóse lo mejor que pudo, y llevó consigo los mas nobles Cavalleros de su Señorío, y fuese á recibir al Emperador, y anduvieron por la Ciudad él, y todos los que con él venían, y el Rey Hernán hizoles dar todo lo que huvieron menester. Otro día de mañana el Emperador, y el Rey se fueron á caza, y la Dueña encantadora quedóse en la Ciudad, y anduvo por ella mirando por

la mas hermosa doncella, para tenerla aparejada para la venida del Emperador: y vió estar una muy hermosa puesta á una ventana, y saludóla, y la Mora á ella, y rogóla mucho, que la plugiese de se ir con ella, y mas de mostrala la costumbre de la tierra; y la Doncella dixo, que le placía. Fueronse ambas á dos á el Palacio do estaba el Emperador, y anduvieron por él mirando las noblezas que estaban en él, y hablando muchas cosas hasta que anocheció. Dexemos ahora á la Dueña encantadora con la Doncella Mora en el Palacio del Emperador, y tornemos al buen Emperador, y al Rey, que en la tarde vinieron de monte. Y venido el Emperador con sus vasallos, y Ricos-Hombres, se sentaron á comer, y el Rey Hernán sirvió al buen Emperador, y á sus Cavalleros de quanto huvieron menester. En este tiempo la Dueña encantadora trató con la doncella Mora como holgase con el Emperador. Ella se lo otorgó, y prometió, que lo haría de muy buena voluntad; y desde que el buen Emperador fue acostado con la doncella Mora, quedó preñada. Otro día por la mañana el Rey Hernán vino á ver al Emperador, y suplicóle, le plugiese ver sus tierras algunos días. El Emperador dixo, que no podía ser, porque havia de hacer algunas cosas en tierra: y encomendóle mucho á la Dueña encantadora. Y el Rey Hernán dixo, que así lo haría, y que la haría mucha honra mientras en su tierra estuviese, y despues, que la embiaria en paz: y despidióse el Emperador de la doncella Mora, encomendandola á Dios, y fuese para su tierra, y quedóse la Dueña encantadora con la doncella Mora muy secretamente, y al cabo de su tiempo parió la Mora una hija, y pusieronla por nombre Urracla. La Dueña encantadora se fue á el Imperio, y llevó consigo la niña Urracla. Dexémos ahora la dueña encantadora con la niña, y digamos como hubo el Emperador una hija en la Emperatriz, la qual hubo por nombre Melior: y cumplidos los tres años de su edad, fue la mas linda, y mas sabia de todas las mugeres de todo el Imperio, que quanto la enseñaba la Sabia, tanto, y mucho mas sabia la niña; y quando la niña cumplió los ocho años, sabia hacer descender una nube, y sabia andar encima todas las veces que queria; y cumplidos los diez años, hizo Cortes antes que finase, y juntaronse siete Reyes de su Imperio, y Duques,

y Príncipes, y Cavalleros, mandò, que la besasen la mano á su hija Mejor, y la tuviesen por Emperatriz, y por Señora suya, y mas le diesen marido, y dexo por Tutores á el Rey Clausa, y á el Rey Corsol, por què eran poderosos, y los mas honrados de los siete Reyes. Estuvieron así un año, que no sabian qué hacer despues de muerto el buen Emperador; ya sabia mucho antes la Emperatriz, que ninguno la podia hacer trayción, que no lo supiese, y alcanzase, y alzaronse dos Reyes, que no la querian obedecer, y metiòse en una Nave, y fuese á la tierra del uno, é hizole perecer tantas gentes, que pensò ser destruido, y ella cavalgò en su palafren, y fuese para el Rey, y el Rey quando la viò, demandòle por merced, que no le destruyese, ni fuese su tierra robada, y jurò el Rey de no ser contra ella, ni contra su mando, y dexole en paz; de tal manera hizo, que á los dos Reyes que se alzaron no les hizo mal. Los dos Reyes sus Tutores estaban maravillados, qué havia sido de la Emperatriz, al cabo de un mes remaneciò en el Castillo de Cabezadoyr, donde estaba el Rey Corsol, y el Rey Clausa. Los Reyes quando supieron que era venida, fueronla a vér, y demandaronla, que donde venía, y donde havia estado? Ella dixo, que havia ido á aquellos Reyes, que se le havian aizados, y contòles lo que havia pasado con ellos, y ellos huvieron grande placer, pues que ella se havia aventurado á poner remedio á su tierra: y los dos Reyes se despidieron de ella, y se fueron á poner recaudo en sus tierras, y dixerónla, que pues ella era muger para guardar su tierra, que les aderezasen su camino, qual perteneciese. En esto hicieron llamar á Cortes, y ayuntaronse todos los otros cinco Reyes, y mas todos los Duques, Condes, y Cavalleros, y Ricos-Hombres de el Imperio: y siendo juntos, acordaron, que sería bien, que la Emperatriz se casase, mas entre ellos hubo grande discordia, y al fin, acordaron en esto: Que el Rey Corsol, y el Rey Clausa llegasen á la Emperatriz, y la dixesen que viesse ella con quien queria casar, porque despues, si no fuese como á ella pertenecía, que no les culpase á los del Imperio; y para eso, que le daban de plazo de años, y que si en este tiempo ella no lo tomase, que ellos se lo darian qual á ella pertenecía. Y ella les dió gracias por aquella honra que le hacian.

CAP. II. *Como la Emperatriz embiò Mensageros por todas las partes, que le buscasen el mas gentil Doncèl que se hallase, para casar con él.*

LA Emperatriz mandò luego escribir cartas, y embiò por el Mundo, y cada carta embiò con su Mensagero por todas las tierras, que mirasen por el mas hermoso, y de mejor cuerpo, y mejores costumbres, que en el mundo huviese, aunque no tuviese tanta riqueza como en la tertia, y para un tiempo cierto viniesen al Castillo de Cabezadoyr: y así lo hicieron como la Emperatriz les mandò. Y el Mensagero, que fue al Imperio de Alemania, vino, y luego vinieron los Mensageros de los Señores do los havian embiado, y contaron muchas noblezas de Príncipes, Condes, Duques, y otros grandes Señores, que por el mundo havian visto, pero los Mensageros de Francia no quisieron hablar hasta la postre, y dixerón: Quanto estos señores han dicho, todo es nada para lo que nosotros con mucho cuidado hallamos en Francia, que es un Doncèl sobrino de el Rey, y no podrèmos contar tantas noblezas como hay en él, que es muy hidalgo, y viene de los Godos, y es varon de doce años, y el cuerpo tiene como de veinte, muy compuesto, y hermoso, franco, buen Cavallero, de grande fuerza, y valor sobre quantos se conocen en el mundo, y en él no reyna pesar, ni melancolia, sino placer, y alegría. Ella mandò dar de comer muy bien á los Mensageros, y preguntòles, que adonde está el Cavallero que decian, y qué hacía? Y ellos dixerón: Cierta señora, que no tiene mas que un Castillo llamado Blés. Y en oyendo esto, mandò aderezar la mejor Nao que tenia, y partiò del Castillo, y reparò de muchas, y diversas noblezas, y paramentos, porque la Nao fuese mas hermosa. Y ella se aderezò muy bien, é hizo descender una nube, y subió en ella: diòse á andar, y llevò consigo la Nao por encantamiento, y fue á la Sierra de Ardeña, y dexò allí la Nao encantada, y fuese al Castillo de Blés, que era de el Conde Partinuplés, vispera de la Santa Cruz, quando toda la Villa reluce: y llegando despues de comer, halló al Rey de Francia, y al Conde jugando al ajedrèz, y descendió la nube abaxo, y miró al Conde muy á su voluntad, y mas

bien le pareció, que lo que havian dicho, y tan bien la pareció, que no la tomó mucho amor, y con su saber puso en su corazón á el Rey su tío, que fuese al monte.

CAP. III. *De como el Rey, y el Conde fueron á caza, y como el Conde se perdió yendo tras de un puerco.*

EL Rey dixo al Conde: Hijo, si á vos os pluguiese, que fuesemos á monte á matar un puerco? Y el dixo, que le placía de muy buena voluntad. Luego el Rey mandò llamar sus Monteros grandes, y pequeños, alanos, y abuesos, y el Conde tomó una ropa, que era lo de encima de cuero, y el aforro de esquirole, porque los montes no le rompiesen la ropa; y esto usaban grandes Señores quando iban á monte. Y tomó en su cavallo una vocina de marfil, y su cinto, y en el escaracela llevaba yesca, pedernal, y eslabon, y cavalgaron con sus Monteros, y fueron á el monte, dos leguas de las Sierras de Ardeña, y mataron un puerco muy grande, y hermoso, y la Emperatriz andaba siempre encima desde la nube mirando aquella montería. Quando huvieron muerto el puerco, pusieronlo encima de un tapete, y demandaron la vianda, y comenzaron á merendar: haviendo ya merendado, el Rey mandó cavalgar á prisa. Y quando la Emperatriz vió esto, hubo gran pesar, porque sus amores se iban, y descendió una nube, y pusola donde ellos estaban, y parecía todo el campo estar lleno de niebla, é hizo parecer un puerco por encantamiento: y el Conde con la codicia dió tras él por las Sierras de Ardeña adelante, con muy grande codicia de lo tomar, y el Rey su tío en pos de él, diciendo, que se bolviese, y que no fuese mas adelante en pos del puerco, que se podía perder en las Sierras, que eran muy altas, y havia en ellas muchas, malas animalias, y sería de ellas comido, mas el Conde con la gran niebla que hacía, no sabía si iba, ó venía; y esto hacía la Emperatriz por llevarlo por do queria, y así anduvo toda aquella noche perdido, Tornemos aora al Rey su tío, que hacía gran sentimiento por el Conde Partinuples su sobrino, que pensaba, que los animales lo huviesen comido, pues que ya los perros eran tornados, y él no venía.

CAP. IV. *Como andando perdido el Conde Partinuples por la Floresta, hallò á orillas de la Mar una Nao muy hermosa, y como en ella fuese llevado al Cassillo de Cabezadoyre.*

DExemos ahora al Rey su tío, que hacia grandes duelos por él, y tornemos al Conde que andaba perdido, que si no fuera por la Emperatriz, que havia encantado las animalias, el Conde fuera comido de ellas. Andando así, subióse en una Sierra, por vér si vería algun poblado, ó si vería candela. Oyó ruido de agua, y pensó que era Rio: abaxó hasta topar con algun Lugar de su tío el Rey por la Costa de la Mar, y halló una Nao muy grande, y hermosa, y no viéndola á nadie, comenzó á llamar: Ha de la Nao. Ninguno le respondía, ni podía responderle, porque era aquella la Nao que la Emperatriz havia traído, y dexado encantada, pero ella bien veía á él. Desque el Conde vió que no respondia nadie, comenzó á pensar, que sería de la gente de aquella Nao. Y dixo: Pues la compuerta está echada á la Nao á tierra, las gentes de ella serán entradas por el monte, y las animalias los han comido. Entonces subió por la compuerta de la Nao, y merió su cavallo dentro de la rienda, y de manera iba el cavallo, que no se podía tener en los pies, ni havia gana de se espantar, y el Conde enfrenó su cavallo, y anduvo por la Nao sin vér con quien hablase. Despues el Conde subió la oompuerta, porque los animales no lo comiesen, y asentóse en un asiento, y durmióse; y quando fue dormido, la Emperatriz mandó á los Marineros, que alzasen las velas muy quedo, y guiasen la Nao derecha al Castillo de Cabezadoyre, y ella fue á aderezar las cosas necesarias para quando el Conde llegase. Ella así partida, los Marineros alzaron las velas, y el Conde durmió toda la noche, que ninguna cosa sintió. Y quando fue otro día por la mañana, dabale el Sol en el rostro, y recordóse muy despavorido, y comenzó á santiguarse, y entristecerse, porque no vido otra cosa sino Cielo, y agua, y no vió Marineros, ni quien guiaba la dicha Nao; y mirando á una parte, y á otra no vió ninguno, salvo á su cavallo, que roía las tablas con hambre. Entonces

co-

comenzó de afligirse amargamente, y dixo: Dios sea aquel, que ponga cobro á mí, y á mí, y pedia á Dios le hiciese merced de mostradle, qué cosa podia ser aquella, si iba encantado, ó si iba en poder de algunos pecados. Y anduvo así tres dias, y tres noches, que no comió ni bebió él, ni su cavallo, y el cavallo con la gran hambre que tenia roía las tablas, y bolvióse á él con cuita que de él havia, y suspiraba porque no tenia cebada, ni paja que darle, y alzando los ojos al Cielo. dixo: Si estuviera en tierra, buscara por donde ir á tierra de mi tío el Rey de Francia, mas no veo mas que Cielo, y agua; y hacia tan gran cuita, que no habria hombre que de él no se doliese. A cabo de tres día, comenzó el día muy hermoso, y vió un Castillo, que blanqueaba como una paloma, y la Emperatriz lo havia de nuevo poco havia, porque allí pueria tomar marido en el Castillo de Cabezadoyre, que nenia una Isla muy hermosa, y podian venir de todas las partes del mundo á él, Desde el Conde vió el Castillo, hincó las rodillas, y rogó á Dios le llevase á aquel Castillo, que en aquellos tres dias no havia visto cosa con que se confortarse, si no con los paños de corte, y con otros paños muy hermosos, y vistosos, y otras grandes noblezas, que en la dicha Nao estaban, que era de oro, y seda. Y quando fue el día á hora de tercera, la Nao fue tan derecha, que llegó al Puerto de Cabezadoyre, y quando allí llegó, la compuerta fue luego echada á tierra, y él tomó su cavallo, y salió luego en tierra, y cavalgó en él, y no podia andar por la gran hambre que tenia, que en todos los tres dias no havia comido, y abaxó las riendas con la cabeza, y comenzó á tirar pernadas parandose á comer, que no aprovechaba herirle con las espuelas el Conde. Viendo el Conde que tenia razon, descendió muy presto de él, y quando lo hubo desenfrenado, miró á una parte, y á otra, y no vió hombre, ni muger ninguna, ni cavallo, ni ganado, ni oyó cantar grillos, ni tañer campana, y comenzó á santiguarse, y refregarse los ojos, maravillandose mucho de vér un Castillo tan hermoso, y decia: Santa Maria, valedme! yo duermo, ó sueño? porque veo así esta tierra sola, sin ninguna cosa, porque quando el hombre duerme sueña estas cosas; mas yo creo que no duermo, que mi cavallo cerca de mí

lo tengo: y miró ácia el Castillo, y vió un Palacio alto, en el qual vió estar una chimenea, de la qual vió salir humo, y dixo: Pues sale humo candela habrá, que alguna persona estará allí, que la habrá hecho.

CAP. V. Como el Conde entró en el Castillo de Cabezadoyre, y de como fue bien servido de comida, y de carne, sin ver persona en él.

Dicho esto, dexó pascor el cavallo, y fuese para el Castillo, y entró por la puerta, y no vió á nadie, y el Conde se llegó á calentar, y no vió á persona ninguna con quien hablar, y luego se llegó á la mesa, que la Emperatriz mandó poner, porque si huviese voluntad de comer, que comiese, y tomó pan, y oliólo, y santiguóse, pensando, que era cosa hecha por el pecado: como veia cosa tan hermosa, y compuesta, y no con quien hablar. Como olió el pan, quiso comer de él, mas no osaba, y alzó los ojos al Alcazar, y vió humo de una casa, y dixo: Quiero ir al Alcazar, porque si huviere de dormir, mas vale dormir en alto, que en baxo; y él no veia á ninguna persona á quien preguntar pudiese de aquella tierra; mas veia las casas, y puertas del Alcazar, y luego entró dentro, y las puertas eran unas de las mas hermosas que él huviese visto en su vida, y subió en la cerca del Alcazar por mirar el campo, y por vér si veria su cavallo, y no lo vió, y comenzó de suspirar, y dixo: Pues perdido es mi cavallo, Dios sea aquel que le ponga en cobro; y fuese por el Palacio adelante, hasta que halló una sala muy hermosa, y dentro de ella halló un escaño, que era de plata, muy grande, y era esmaltado de muy grandes hermasuras, y no veia á ninguno con quien hablase, y fuese á sentar en el escaño, y tenia un atravesañ, que era de oro, y muy apreciado, y vido una muy buena candela, y calentóse, que hacia mucho frio. Y despues que se hubo bien calentado, miró por la sala, y vió estar en ella una muy hermosa mesa, y una silla, que havia sido de el Emperador, y era de muy fina plata sobredorada, con muchas, y ricas piedras preciosas, y aljofar, que relumbraba la sala tanto, que cada una

de ellas era de muy grande valor. Y estando pensando en su cavallo, afligiale hambre, y dixo: Por cierto, muera, ò viva, alli me iré á sentar en aquella silla tan rica, y comeré de aquel pan, que la hambre me aquexa; y caso que muera en aquesta casa tan preciosa, daré por bien empleada mi muerte. Santiguóse y levantóse muy esforzado, y asenóse en la silla, y vió, venir un aguamanil, y una fuente de plata, y unas toallas bordadas, y él tenia un pan en la mano, y tomó aguamanos, y no veia quien era el que se la daba. Tornó á tomar el pan, y comenzó á comer, y á santiguarse, porque tenia gran recelo, que era aqueella tierra de Demonios, y por esto á todos tiempos se santiguaba, y no osaba comer, que tenia gran miedo, como que havia tres dias que no havia comido: y á los primeros bocados vió venir un plato de perdices asadas, y maravillóse mucho, porque no pudo vér quien lo traía, ni tampoco quien se lo huviese contado; y dixo: Pues comencé á comer, yo comeré hasta que me harte. Y estando comiendo, vió venir una copa con un castillo muy hermoso, y encima de él venia una piedra preciosa, que valia una Ciudad, y tomó la copa, y bebió, y mientras bebía le tiraron la vianda delante; y viendo esto, acudió con la mano izquierda á tomar las perdices, pensando que no le havian de traer mas: y como le fué quitado aquel manjar, luego le fue traída una vianda, y no hubo comido diez bocados quando fue servido con vino, y así lo hicieron hasta que hubo muy bien comido, y fue servido de muchos manjares; y quando ya no comia, vió venir el aguamanil, y la fuente, que era de plata, las toallas bordadas, y dieronle aguamanos, y despues traxeron muchas, y muy diversas, y olorosas frutas. Desque fue bien contento, y acabó de comer, recostóse en la silla, y durmió un poco, porque grandísimo trabajo havia pasado; y haviendo recordado, se levantó luego de la silla, y fuese al fuego, y sentóse en el escaño de plata, que oísteis decir; y despues que se calentó, dixo: Por buena fé, yo dormiré aquí un rato. Estando durmiendo soñó, que le trataban por las espaldas una manada de diablos, y lo querian echar en el fuego; esto era con el gran miedo que tenia, y recordó muy desprecavido, y á gran prisa se comenzó á santiguar, y puso mano á su espada pa-

ra defenderse, y mirando á una parte, y á otra, no vió cosa alguna que le viniése á hacer mal; y vió al cabo de la sala una antorcha encendida, y dixo: Por buena fé, yo voy donde aquella antorcha está, veré quien está allí, y quien la tiene. Y desque llegó á ella, luego fue en pos de ella el Conde, y metióse la antorcha en un maravilloso Palacio, que no havia cosa en él si no oro, y plata, aljofar, y piedras preciosas: los estrados eran de muy fina seda, y paramentos de oro; y estaba allí una cama tan rica, que en todo el mundo no podia ser mas: y en la cama estaba una colcha de oro, y seda, y enmedio de ella havia un escudo muy grande, y muy hermoso, y era todo de aljofar, y oro, y piedras preciosas, y en los cabos de las colchas havia muchas figuras de Reyes, Condes, y Marqueses, de plata, oro, y de aljofar, y estos eran grandes como un brazo de un hombre. Desque el Conde vió aquellas tan grandiosas noblezas, y tan grandes proezas, maravillóse mucho de vér tan ricas cosas, y no vér persona alguna con quien hablase, ni quien tenia aquella antorcha donde no parecia; y el Conde pensaba, que pues Dios le havia dado buena cama, que le daria la cama: y desnudóse el balandrán que traía de cuero, que así usaban los Cavalleros para ir á monte, y tiró la vocina, y su escaracela, donde iba la yesca, y el pedernal, y posolo en una silla cerca de la cama, y echóse en ella, y puso á la cabecera su camisa, y jubon.

CAP. VI. Como la Emperatriz contó á Urracla, que havia traído al Conde, y lo tenia en su cama.

LA Emperatriz estaba con su hermana Urracla acostada en la cama, y contóla lo que havia acaecido con el Conde Partinuplés, y como la havia traído, y contabala las noblezas que en él havia, como era tan hermoso, y de tan lindo cuerpo, y como lo tenia acostado en su cama, que á otro dia de mañana por su amor le llevase paños de lino, tales que le perteneciesen. Y Urracla dixo, que le placia, y pidióla por merced, que se lo mostrase. La Emperatriz respondió, que no se lo podia mostrar al presente, que si se le mostraba, todo el encantamiento sería deshecho, y ella caería en

En grande vergueña, por quanto los Reyes sus Tutores le havian dado dos años de plazo para que tomase marido, y ella se havia adelantado de lo tomar antes de tres meses; mas que siendo cumplidos los dos años, que se lo podría mostrar á su voluntad. Urracla le respondió: Señora, sed cierta, que muy largo tiempo se me han de hacer estos dos años, y hasta lo vér, viviré con gran desco por tanta nobleza como de él me haveis conrado; empero, señora, muéstrame otro hombre que sea de su manera, porque le pueda llevar los paños de lino de aquella medida. Y ella respondió, Madrugad antes que salga el Sol, que yo os lo diré, porque de aquella forma le deis otros; y ella dixo, que le plecta.

CAP. VII. *Como la Emperatriz fue sin luz á acostarse en la cama donde estaba el Conde.*

LA Emperatriz se fue para el Palacio á obscuras, y quando entró por él, comenzó á dar recias pisadas; y el Conde, quando oyó los pasos estremeciése todo, y arrimóse á la mano derecha, y la Emperatriz comenzó á desnudarse, y echóse luego en la cama, y por asegurar á el Doncél, porque no entendiera que era aquella tierra de pecados, sacó el brazo derecho, y comenzó á santiguarse, en alta voz diciendo: Encomiendome á Dios, y á Santa Maria, y á todos los Angeles, y Arcangeles de la Corte del Cielo, y metió su brazo debaxo de la ropa, y el Doncél se estuvo quedo, que no osaba resollar, y las carnes le temblaban; empero hubo grande esfuerzo el Conde quando oyó nombrar á Dios, y á Santa Maria, y á todos los otros Santos. Y estando en esto, vino la Emperatriz á hacerse un poco adelante ácia donde estaba el Doncél, é hizo que se esperezaba, tendiendo la pierna, y topó en él; porque no tuviese temor, dixo así: Santa Maria! y qué cosa es esta, que aquí está echada en mi cama? Ella, para decir quien era, dixo así: Yo soy Emperatriz, y tengo siete Reyes siempre á mi mandar, Duques, y Condes, y nunca ninguno fue osado de entrar de las puertas adentro de mi Palacio, y vos, quien quiera que seais, que aquí estais acostado, me decid quien sois. Señora, sea vuesa merced de me escuchar como soy aquí venido, pues vos haveis conta-

do el vuestro Señorío; y el Conde comenzó á contar segun que primero le havia acontecido; y despues que lo hubo contado, dixo: Que le perdonase por amor de Dios hasta el dia, que él se iria de muy buena voluntad, y que fuese la su merced de le mandar buscar un cavallo, que él havia traído. Y ella le respondió así: Como en aquesto os deteneis? Levantaos de hai, é idos por donde venisteis; si no, daré gritos, y voces, porque en muy mal puesto os echasteis hai. Y él dixo así: Señora, la noche es obscura, y los Palacios son tan grandes, que no sabré yo por donde poderme ir. Allí dixo ella: Dad acá la mano, que yo os llevaré. Y respondió el Doncél: Estoy muy cansado, y tan cansado, que de aqui no me puedo mover. Y respondió la Emperatriz: Si de aqui no os levantaís, yo me levantaré, é ire á llamar á mis Cavalleros, que aqui os maten. Y él dixo: Señora, havéd piedad de mí, que no muera por vos, y comenzó á llorar. Ella, que así lo vió llorar, hubo muy gran cuita de él, y no le dixo nada. Y el Doncél desdeque vió que no le hablaba, pensando que dormía, llegóse á ella muy poco á poco: y aquesto hacia él por vér, que no embargante que la havia oído aquellas palabras santas, todavía pensaba, que era aquella tierra de pecados, y pusola las manos muy quedo en los pechos: ella tenía sus muy hermosas manos puestas en ellos, y quitóselas muy recio. El viendo esto, estuvo quedo, y ella desvió las manos por vér si tornaría á ponerlas en el mismo lugar, El Conde allí á gran rato, pensando que sería ya dormida, tornó á ponerla las manos en los pechos como la primera vez, y ella tuvoela queda con sus manos; y desdeque el Doncél vió aquello, llegóse junto con ella, y ella no decía nada, y él puso en su corazon de la tentar, por vér si era hombre, ó muger, ó si era pecado; y sacando los brazos fuera de la ropa, pusola la mano encima de la cabeza, y tentóla los cabellos, y pensó en su entendimiento, qué tan luenguos podían ser: y luego la tentó tambien las manos, porque no se las podía vér. Y ella le dixo: Qué haces? Pero bien entendia por qué lo hacia; y miró así mismo la frente, los ojos, la nariz, la boca, la garganta, y contóla los dedos de las manos, porque cuidaba, que era mano bendita; y despues tentóla el cuerpo, y las espaldas: los dedos de los pies, la

la contó también, por ver si era patihendida; y esto no lo hacía sin ocasion, porque en aquellos tiempos havia mas animalias mugeres, y eran de la cintura abajo como Leones, y tenian los pies como Lebreles, y por eso la havia tentado así, pensando si era alguna de aquellas. Desque la hubo muy bien tentado, dixo entre sí, que era una de las doncellas mas hermosas de todo el Mundo; y ella dixo así: Ahora que vos me haveis muy bien tentado, sabed por cierto, que soy Emperatriz, y Señora de siete Reyes, y si vos quereis, sereis Señor de mí, y de ellos, si guardaredes lo que yo ahora os mandare, lo qual es esto: Que vos no hagais, ni procureis, ni busqueis por donde me descubrais mi cuerpo por me lo ver, hasta que pasen dos años; y le contó todo el hecho, como los Reyes sus Tutores, y todo el Imperio le havian dado de plazo dos años para tomar marido: si en este tiempo no lo tomase, que ellos se lo darian. Y le rogó, que no la descubriese él, ni otro por él, si no que tuviese por cierto, que lo harian matar. El Conde la prometió, que así lo cumpliría.

CAP. VIII. Como la Emperatriz, y el Conde durmieron juntos, y lo que ella le habló.

Como esto dixese, comenzaron ambos á burlar de tal manera, que de Doncella quedó hecha Dueña; y aquello pasado, dixo ella así: Señor no penseis, que porque haveis hecho conmigo vuestra voluntad, que por esto me teneis á lo que vos quisieredes: por todo ello á mí no se me dá nada, que el Señorío es mio despues de Dios, porque pensais los hombres, despues de esto alcanzado, que teneis á todas las mugeres á vuestro mandado; porque si no guardais aquesto, que no me descubrais, sed cierto, que yo os mandaré matar, así como dicho tengo, que yo no he miedo, ni temo á ningun hombre del Mundo, sino es á Dios, mi Señor, que está en el Cielo. Y mas le dixo, que bien se podia alabar, que tenia una enamorada, que tenia por nombre Melior, mas que se guardase de no le descubrir el cuerpo en ninguna manera; y toda la noche no cesó la Emperatriz de encomendarle todo esto que dicho es. Empero mucho le rogaba, que no le descubriese su cuerpo, y que

quantas cosas quisiese, y huviese menester, que se lo demandase en la cama quando estuviesen juntos: que si quisiese cavalleros, supiese, que de todo seria muy bien proveído, y su cavallo, que havia traído, que su hermana Urracla lo tenia muy bien pensado, y que ésta su hermana lo queria mucho ver, mas eso no podia ser hasta que se acabasen de cumplir los dichos dos años de plazo que tenia. Y despues de esto pasado, fue hora de levantar, y levantóse ella primero, y fuese para su hermana Urracla luego, y era antes que el Sol saliese; hallóla echada en la cama, y dýola así: Hermana, levántaos de aí, e id á mi Palacio, y tomad aquellos paños que son del Doncel, y traedlos acá, y llevareis otros limpios; y ella lo hizo así, y fuélos á poner en el Palacio en el aposento á par de la cama. Urracla miró por ver si le veria, y tuvo muy gran pesar quando no lo pudo ver, que de muy buen grado lo quisiera ver: y luego bolvióse para el Palacio adonde estaba la Emperatriz, y comenzóla á decir como havia havido grande enojo en que no pudo ver al Conde.

CAP. IX. Como el Conde estuvo en su Casa visto de su hermana bien servido, sin ver persona ninguna en él.

PUES tornemos al Conde, que estaba en la cama con muy grande alegría. Quando fue hora de tercia, asentóse en la cama, y miró por su ropa, y no la vió, y halló en su lugar otra mucho mejor; vistióse, y halló en el estrado el paño, el peyne, y agua; peynóse, y luego salió por aquel lugar por donde se havia entrado en pos de la hacha, y salió hasta la Sala, y vió grande brasa de candela, y asentóse luego en un estrado, que alli estaba, y calentóse en ellas y despues de caliente muy á su placer, levantóse, y fuese acia el campo, por ver si hallaria su cavallo, que alli havia dexado, y despues no lo pudo hallar, porque otro lo tenia guardado. Y andando en el campo mirando las hermosas huertas, y lo que en el campo havia, él andaba sin ningun temor: y á buen seguro que la Emperatriz lo havia asegurado, y contado el hecho todo. Despues que fue hora de ir á comer, fuese para el Alcazar, asentóse en la silla, y hallóla muy bien compuesta, mejor que la havia dexado, y halló la mesa puesta, y asentóse en la silla el Conde Par-

Partinuplés, segun que de antes lo havia hecho. Y luego en aqueste punto vió venir el aguamanil, mas fuente, y tohallas, y luego sus manjares, todo muy ricamente aderezado; y fue tambien servido de manjares, y de frutas, y mas de todas las otras cosas que havia menester, que no podia ser mas en todo el Mundo. Despues que hubo comido, tomó aguamanos, y los manteles fueron luego alzados, y fuese á pasear por el Alcazar: y quando era hora de cenar, hallaron las mesas puestas, y desdeque hubo cenado, y fue la mesa alzada, luego vinieron las hachas, y comenzaron á andar en pos de ellas, mas no veia quien las llevaba. Anduvieron hasta que llegaron á Palacio do estaba la cama de la Emperatriz, y luego las hachas estuvieron quedas, y él se sentó en un rico estrado, y comenzaron á descalzar, y desdeque fue descalzo, desnudóse de los vestidos, y echóse en la cama, y como fue acostado, fueron las hachas de allí: y estando así, oyó pasos, que venian por el Palacio hasta la cama, que bien sintió el Doncel que era su señora la Emperatriz, que él mucho amaba: y quando ella fue junto á la cama desnudóse de los paños, y acostóse en la cama; desdeque sintió el Doncel que estaba acostada, llegóse á ella, y tomóla en sus brazos con gran placer, y así estuvieron abrazados, y holgando con el mayor contento del mundo; y quando fue cerca de Maytines, dixo la Emperatriz: Doncel, ahora me haveis de decir qual es vuestro nombre: él respondió: A mí me llaman Partinuplés. Ella dixo: Partinuples, amigo, sobre todas las cosas del mundo os ruego, que mi cuerpo no sea descubierto, porque entre mí, y vos no aya algun pesar, que todas las cosas os perdonaré, y esta no. Y dixo él: Cierito, señora, antes moriré, que tal haga. Y la Emperatriz le dixo: Si vos quereis ir á caza á montar á la Ribera de Azores, ayalcones, decidmelo, y no dudeis, que presto os será dado; y si no me lo decís, sabed que me hareis pesar. Y ruegoos, que mañana vais á monte, id á la puerta del Alcazar, y hallareis un cavallo rucio rodado, y un sabueso, y no cureis sino andar en pos del sabueso, que él os llevará donde ayas placer, y de cosas que oyeredes no os receleis, que yo seré cerca de vos, aunque no me veais. Despues que vió el Alva, buscó por toda la cama, y no halló á la Emperatriz. Quando vió el Conde Partinuplés que era cerca del día, se levantó de la cama, y halló los paños, quales

pertenecian para caza, y monte, y fuese á la puerta del Alcazar, y halló el cavallo, y el sabueso, y la lanza, segun la Emperatriz le havia dicho, y cavalgó en su cavallo, y tomó su lanza en la mano, y el sabueso por traylla, y anduvo en pos del sabueso, y llevólo á una floresta las mas hermosa que en el mundo habría; y despues que fue en la floresta, oyó una vocina la mas sonora que en su vida oyera, y oyó lo que el Montero decia en su vocina, y dió de las espuelas á su buen cavallo, y fuese para ella, y vió tantos lebreles, y sabuesos, alanos, y otros perros muy preciados, con sus cuellos verdes de muchas, y muy diversas maneras, y vió pasar un puerco el mas grande, y mas valiente que él huviese visto, y no halló cavallo ninguno tras los perros, y comenzó de seguir tras el puerco, y tanto lo siguió, hasta que lo alcanzó, y mató. Despues que lo hubo muerto, todos los perros fueron llegados, y el Doncel vió cargar con gran vocería en una acemila; pero no los veía, y de ello estaba muy maravillado, y tuviera grande temor si no fuera por lo que la Emperatriz le havia dicho, por el grande ruido que oyó de cavallos, y que no los podia ver. Desdeque vió que movían el puerco, comenzó de ir en pos de él, y oyó tañer una vocina á los Monteros, segun que primero la havia oído en el monte, mas sonora que en el mundo podía ser: y desdeque hubo llegado, se metió por el Alcazar adelante, hasta que llegó adonde havia cavalgado; y llegando allí, vió como le tiraban las espuelas, y entonces descendió de su buen cavallo, y puso la lanza en donde antes la havia tomado, y comenzó de andar hasta que llegó á el Palacio, y á una sala donde solía comer, y vió un estrado muy rico, con ricos doseles muy preciados, mas que los que havia de antes, y vió la mesa puesta, y la rica silla en que se solía sentar. Y desdeque fue hora de comer, sentóse en la rica silla, y luego vino aguamanos, segun que antes solian traer, y luego fueron traídos tantos de los manjares, tan bien guisados, que era gran maravilla. De que hubo comido, tomó aguamanos, y los manteles fueron alzados, y se levantó, y fuese para la cama donde solía dormir, y sentóse en el escaño, y oyó cantar con muchos instrumentos, y así estuvo un gran rato deleytandose en aquellos cantares muy preciados: á cabo de gran rato se levantó, y desnudó sus ropas para se acorstar en la cama de la Emperatriz, segun que antes solía, y que estando así asentado

do, oyò los pasos de la Emperatriz, como primero solía venir, y huvieron gran placer contandose de sus Monteros, y de como la Emperatriz iba cerca de él, y como iban los dos Reyes sus Tutores, los quales pensaban las gentes, que la montería que él hacía del puerco, que la hacían ellos, porque ni veían á él, ni él á ellos. Y rogó-le, que quando quisiese ir á la Rivera de Azores, que se lo dixese, que ella aparejaría lo necesario, y así estuvieron holgando gran rato, y sobre esto no se olvidando de le rogar, y pedirle por merced, que su cuerpo no fuese descubierto, y mirase no la vér hasta los dos años cumplidos.

CAP. X. *De como la Emperatriz dixo al Conde, como Francia estaba en gran peligro por tres Reyes Afros, que havian entrado en ella.*

Estuvieron así un año cumplido en sus placeres; en este tiempo fue conquistada Francia de un Rey, que havia por nombre Sornaguér: llevaba consigo dos Reyes, que havia á su mandado, que havian por nombre Cansion, y el otro Ansion, y tanto conquistaron la tierra del Rey de Francia, que fue cercado en París. Esto sabía la Emperatriz, y no queria decir al Conde, porque no tuviese pesar, ni enojo, y no quería que fuera á ayudar á su tío, por no apartarlo de sí, porque lo quería en su corazon; empero estando el Conde en una torre mirando los campos frescos, vino se le mientes del Reyno de Francia, y de su madre, y de su tío, y dió un gran suspiro, y despues en la cama otra vez; y la Emperatriz le dixo: Partinuplés mi señor, por qué suspiras? Faltaos algo de lo que haveis menester? Cierito (dixo él) no; mas si no os pesára, yo os lo diría. Respondió la Emperatriz: Sed seguro, que no me pesará, decid lo que quisieredes. Respondió el Conde: Cierito, señora, con el gran cuidado, que tengo de Francia, y de mi madre, y de mi tío, me vino tan grande suspiro. Así, dixo la Emperatriz Melicor, no vos pongo culpa ninguna, que la sangre vos requiere, y vos llama, porque sabed, que es el Reyno de Francia conquistado del Rey Sornaguér, y de otros dos Reyes, que con él van: han por nombre Ansion, y Cansion. El Rey, vuestro tío está cercado en la Ciudad de París, porque yo oygo acá buenas nuevas, é yo os daré una espada, que lleveis por amor de mí, porque quantas veces la tomareis en la mano se os acuerde de mí, y da-

ros he tambien camellos cargados de oro, y plata, é id por diez mil lanzas á España, que son muy amigos de los Franceses, y yo os daré un hombre, que vaya con vos, que es viejo, y cano, que os guie los caminos, y haced lo que os dixere, que no os faltará nada. Y en siendo de mañana os ireis á la puerta del Alcazar, y hallareis al viejo con los camellos cargados, y por donde él os guiare, no hareis si no ir, que él os llevara derecho al Castillo de Blés, y quando llegues, embiadme luego al hombre, y no le hagais comer. El Conde Partinuplés comenzo en aquella hora á tomar mucho placer, porque havia de ir á ayudar á su tío el Rey de Francia, y á vér á su madre. Y la Emperatriz le dixo, que se membrase todavia de lo que le havia rogado, que su cuerpo no fuese descubierto por él, ni por otro en ninguna manera, hasta ser cumplidos los dos años. Y luego se despidieron ambos á dos, y rogó á Dios, que le diese buena andanza, y que no se tardase. El se lo prometió así, y el encomendarla á Dios.

CAP. XI. *De como la Emperatriz embió al Conde á Francia en ayuda del Rey su tío, que estaba en gran peligro.*

Luego que vino la media noche, se levantó la Emperatriz á poner recaudo de lo que havia de llevar el Conde. Quando fue el Alvase levantó, y halló al viejo que guardaba los camellos, y fueron su camino, y de quanto comia, y bebia, y hablaba, no podia vér al viejo si no la habla, que era todo lleno de bello, y así anduvieron hasta llegar á Blés, y en el camino no hacia el viejo si no rogarle, que guardase lo que prometiera á su señora, que no se descubriese su cuerpo, y el Conde se lo prometió así. Quando llegó al Castillo de Blés, descargaron sus camellos muy callando, que no lo sintió nadie, y despidióse el viejo del Conde, y encomendóle á Dios; y dixole el Conde, que le encomendase á su señora la Emperatriz; y el viejo dixo, que le placia; y con esto se fue el viejo.

CAP. XII. *Como el Conde fue al Castillo de Blés, donde estaba su madre, y como fue recibido de ella, y de los suyos.*

AL Castillo llegando el Conde de Blés, llamó á las puertas do estaba su madre, y desque su madre lo oyó, se levantó, y lo fue á abrazar con mucho amor, como aquel

aquel á quien pensaba que era muerto, y que los animales lo havian comido en las Sierras de Ardeña. Y despertaron las gentes al entrar en el Castillo: y despues que fueron dentro, echose á dormir hasta otro dia. Como recordó, fueronlo á vér toda la gente del Castillo con grande alegría, como á su Señor natural: y tomó consejo de ellos, en qué manera á ellos pareciese embiar á España por diez mil lanzas, que era menester. Ellos dixeron, que tomase la mitad del haber que traía, y que lo pusiese en una Nao, y que lo llevasen á dos Puertos de España, el uno á Cadiz, y el otro á la Coruña, é hizo asi. Y quando la Nao llegó á los Puertos de España, fueron dados pregones, que quantos quisieren ganar sueldo, que fuesen á Bles. Y á todos los que querian ir les dieron sueldo, fueronse para el Castillo de Bles, y todos eran mancebos muy valientes, é hidalgos, y para dár cuenta, y razon de si en todas las ocasiones. Y desde estos vieron al Conde, y vieron que era valiente, y buen Cavallero, huvieron grande placer, y todos hicieron pleyto omenage de morir con el Conde, é hizolos aposentar muy bien de ellos en la Villa adentro, y de ellos en el Castillo, y otros en los Arrabales, y estuvieron asi todo el dia, hasta que otro dia ordenaron sus Capitanes, y sus Prompctas, y sus Pensiones, y sus Cavalleros.

CAP. XIII. *Como el Conde con su gente fue á París, do estaba cercado el Rey de Francia, y como lo recibió.*

PARTIERON un dia de allí, y fueron á la Ciudad de París, y quando allá llegaron, comenzaron de tocar las trompetas, y quando el Rey oyó esto, hubo gran pesar, pensando que era el Rey Sornaguér: mandó repicar las campanas, y dár voces: Señores, presto á la cerca. Desde esto oyó el Conde, entendió, que el Rey su tío tenía miedo, y embióle un Mensagero, que le dixese, que era su sobrino el Conde Partinuplés, que traía diez mil lanzas para le ayudar. Quando el Rey supo esto, dixo: No vería yo tanto placer, que bien creo, que mi sobrino es muerto, que ha un año que se perdió en las Sierras de Ardeña. Y dixo el Mensagero: Vease vuestra Alteza con él, y verá como es el Conde Partinuplés. Y el Rey dixo: Placeme de voluntad. El Mensagero se tornó con la respuesta, segun que el Rey se havia holgado. Y luego el Conde

cavalgó apríesa, y abrieron las puertas, y el Rey lo abrazó, y el Conde, le besó la mano, y mandóle por merced, que mandase aposentar aquella gente. Y los Cavalleros del Rey tuvieron muy grande alegría con el socorro, que havia venidos y los Cavalleros, y hombres de armas fueron bien aposentados, y el Conde, y el Rey se fueron al Palacio, y cenaron muy alegres, y así estuvieron aquella noche contando lo que havia sucedido.

CAP. XIV. *Como el Conde Partinuplés afrentó la gente del Rey Sornaguér, y le quitó la cavalgada que llevaban.*

OTRO dia por la mañana oyeron las campanas muy bien repicar, y el Conde salió á muy grande prisa de la cama, y el Rey su tío le dixo, que no quisiese salir fuera por miedo que no fuese el Rey Sornaguér. Y el Conde dixo al Rey, que le dexase ir á vér si era aquel el Rey Sornaguér, y estuvieron un grande rato porfiando, y vinieron los Adalides diciendo, que llevaban quatro mil bacas los Cavalleros del Rey Sornaguér. Quando esto oyó el Conde, apartó tres mil lanzas, y dioxelos, que queria ir á quitarle las bacas que llevaban, é hicieronlo asi, y como iban en pos de ellos no les podia ver, que la polvareda era tanta, que aun los Cavalleros no se podian vér unos con otros: todavia se iba llegando el Conde, y esforzando á los suyos: dieron de espuelas á los cavallos, y fueronlos á herir muy reciamente, en tal manera, que de diez mil que eran los Moros, mataron, y prendieron ocho mil, y no quedaron sino dos mil, y quitaronles la cavalgada, y los dos mil escaparon á uña de cavallo, que no pudieron poner resistencia en ellos: y estos Moros fueron huyendo, hasta que entraron por el Real de su Señor. Y de esta batalla, que aqui fue hecha, tuvieron que contar los Moros al Rey, y dixeronle, que en batalla se havian visto, y no havian visto quien tanto mal les hiciese como estos Cavalleros, y entre ellos andaba uno en la batalla, que parecia un leon.

CAP. XV. *Como el Conde entró en París, y fue recibido del Rey su tío con mucha alegría, y como presentó á el Rey cincuenta Cavalleros Moros cautivos.*

TORNEMOS al Rey de Francia, que como oyó estas nuevas, hubo gran placer,

porque su sobrino era muy mozo, y nunca se havia visto en batalla, y havia mostrado de sí tan buena hacienda. Quando el Conde llegó cerca de París, le salió á recibir el Rey su tío, y fueron el uno para el otro, y el Conde besó al Rey su tío la mano, y él lo abrazó con mucho amor, diciendole, que la bendición de Dios le viniese encima: y luego el Conde presentó al Rey cincuenta Cavalleros Moros, todos de espuela dorada, y el Rey se lo agradeció mucho, á Dios primeramente, y al Conde su sobrino, y ellos se fueron sin otros Escuderos, y Hombres de á cavallo. Asi que huvieron tomadas acemillas, cavallos, armas, y peones, que allí traxeron, y luego el Rey se entró con su sobrino por la Ciudad muy alegremente, é hizolos aposentar muy bien, y dióles á comer muy largamente de muchas maneras de viandas á toda su voluntad, como aquellos que havian bien trabajado, é hizo curar los heridos. Y desque se fueron el Rey, y el Conde para el Palacio, comenzaron de holgar, y desque huvieron holgado, se fueron á dormir; y desque huvieron dormido, rogó al Conde, que no partiese de allí sin se lo hacer saber, por quanto el Rey Sornaguér era muy mañoso. El Conde le dixo, que le placía. Y el Conde le dixo al Rey su tío: Acostáos, y holgad, que quiero ir á aquellos Cavalleros, que ellos vienen mal heridos, y quiero ir á ponerles en cobro; y el Rey le dixo, que fuese en buen hora, y que se viniese luego á acostar, que venia cansado. El Conde le respondió, que le placía: y fuese el Conde para sus Cavalleros, que havian quedado fuera de los heridos, y mandóles, que se aderezasen luego, que se havian de partir de allí secretamente, porque el Rey su tío no lo supiese, y partieron al primer sueño, y hubo sus Adalides que lo llevase hasta el Real del Rey Sornaguér. Este Rey estaba seguro en su Real, pensando que los Franceses estarian trabajados, diciendo, que no harian hacienda ninguna en hecho de armas en este día, ni en otro; y estando el Rey seguro en su Real, dió el Conde sobre él de tal manera, que el que llegaba á la postre, se tenia por mas ruín: la pelea fue de tal guisa, que desbarataron al Rey, y mataron, é herieron muchos Moros. Quando el Rey Sornaguér, y los otros dos Reyes fueron aderezados, estaba una legua del Real, que se venia para París; y quando acordaron los dos Reyes para venir tras de él, estaba el Conde puesto en salvo,

que no hacía si no andar, y á hora de Mayrines llegó á la Ciudad de París, y quando los de la Ciudad sintieron que venia gente, mandaron repicar todas las campanas, y dar voces, diciendo: A las armas. Y el Rey, desque esto oyó, levantóse despavorido, por el ruido que havia, llamando á los Pages, que le vistiesen, y á otros que le traxesen sus armas, y cavallo, y mandó, que le sacasen hachas encendidas, y fuesen para las puertas de la Ciudad, y preguntó por el Conde su sobrino á grandes voces, y los Cavalleros de la Ciudad le dixerón: Señora: creemos, que es vuestro sobrino el Conde, pues que aquí no parece, y trae tal ruido. Desque esto oyó el Rey, salió de las puertas de la Ciudad afuera, y vió á su sobrino, que venia con su cavalgada, y traía muchos cavallos, y acemillas, tiendas, armas, y prisioneros. Entonces llegó á su sobrino, y dixo así: Guadete Dios de mal, y de traycion. Y fueronse ambos á dos mano á mano para el Palacio, é hizolo muy bien de almorzar, y á su compañía, que muy bien havian trabajado toda aquella noche.

CAP. XVI. Como el Rey Sornaguér embió sus Mensageros al Rey de Francia, combidandole á la batalla señalada.

Tornemos al Rey Sornaguér, que estaba muy sañudo por la deshonra que havia recibido, y embió á saber quien era el que tan esforzado havia andado por el Real. Y los Adalides le dixerón: Señor, un Cavallero es, sobrino del Rey de Francia, que en las Sierras de Ardeña fue perdido habrá un año, y ahora viene con diez mil lanzas: es hombre esforzado, y de buen cuerpo, y gran fuerza. Desque eso oyó el Rey, mandó escrivir cartas para el Rey de Francia, y embió un Mensagero con ellas, y tambien para su sobrino, y que le emplazaba á batalla un día señalado, y fue con condicion, que si el Rey de Francia venciese al Rey Sornaguér, que él, y los dos Reyes le diesen parias cada un año; y si desbaratasen al Rey de Francia, que él, y su sobrino fuesen sus vasallos, y le diesen parias, segun se las havian de dar; y para que esto estuviese mas seguro, que diesen sus rehenes, porque no saliesen ninguno de ellos de la postura que dicha era, y fuese en la manera que él quisiese, á cavallo, ó á pie, uno por uno, ó siete mil por siete mil, ó veinte mil por veinte mil Cavalleros. Y luego fueron los Mesage-

ros al Rey de Francia, y dieron sus cartas al Rey, y al Conde

CAP. XVII. Como el Conde Partinuplés pidió al Rey su tío, que la batalla se hiciese uno por uno, y el Rey se lo otorgó.

EL Conde fue luego á besar la mano al Rey su tío, pidiéndole por merced, que fuese la batalla uno por uno. Quando el Rey oyó aquello, hubo gran pesar, por tomar su sobrino aquella empresa, y el Rey no lo quiso otorgar, por quanto era mozo de poca edad, y no usado en las armas. Y el Rey Sornaguér era hombre de treinta y tres años, y muy usado en la guerra, y era hombre de gran fuerza. Allí dixo el Conde: Mas vale á quien Dios le ayuda, que á quien mucho madruga. Dexóse el Conde caer á los pies del Rey su tío, y comenzó de besarle los pies, y las manos, pidiéndole por merced, que aquella batalla, que la queria él haber, y rogaba á los Cavalleros, que rogasen al Rey su tío, que le hiciese aquella merced. El Rey respondió á su sobrino, y á los Cavalleros de esta manera: Que pues su voluntad era de hacerlo así, que tenia diez mil Cavalleros muy buenos hombres, y que viniesen de los Moros otros tantos, y que así haria la batalla, pidiéndole á Dios, que llevarian lo mejor. Entonces respondió el Conde, y dixo: Cierzo, señor, si merced me haveis de hacer, yo por mi cuerpo la batalla he de tomar: y rogó á los Cavalleros, que rogasen al Rey, que le hiciese aquella merced; y el Rey decia, que no podia ser. A todo esto estaba llorando el Rey por la gran cuita que havia de él, viendo que era mozo, y niño, y no era usado en las armas, y el Rey de Francia tenia en su corazon, que si desvaratado fuese del Rey Sornaguér, que él tomara el Reyno en su poder: y los Cavalleros de Francia dixeron: Hacedle esta merced al Conde, que muy buen guerrero es, y de grande corazon, y sobre todos muy esforzado Cavallero, y muy ligero: queriendo Dios, llevará lo mejor. Con todo esto lloraba el Rey de Francia fuertemente, demandando á Dios por merced, le pusiese en el corazon á su sobrino, que no fuese, porque sería con gran prisa; y todavia le rogaban los Cavalleros al Rey, que le diese licencia. El Rey dixo, que le placia; y el Conde le fue á besar las manos. Luego escribieron sus cartas, y estando escritas, las embiaron con los Mensageros del Rey

Sornaguér, que las llevase á su Señor; y lo que decian en ellas era esto: Que cada uno de ellos jurasen por su ley que lo que entre ellos fuese puesto, que no huviese otra cosa, y que mandasen hacer campo en parte señalada; y que el Rey traxese diez mil Moros desarmados, que no llevasen armas ningunas, para que guardasen su campo. Y de aquella manera viniese el Conde con otros diez mil Franceses desarmados, y que llevasen ambos á dos quantas armas pudiesen llevar ellos, y los cavallos; y así embiaron los Mensageros. Desque el Rey vió las cartas, plugóle mucho, por quanto tenia mucho deseo de se vér con el Conde, y por quanto havia él tenido nuevas que era buen Cavallero.

CAP. XVIII. Como el dia señalado vinieron al campo el Conde, y el Rey Sornaguér, y comenzaron la batalla, donde quedò vencedor el Conde.

LOS Franceses aderezaron luego al Conde lo mejor que pudieron; y así hicieron los Moros al Rey Sornaguér. En guarda del Conde iba el Rey de Francia, con diez mil Franceses, y en la del Moro iba el Conde de Mars, que era el Mayordomo mayor, y llegando los Franceses, y los Moros al campo con los Cavalleros. El Rey de Francia metió á su sobrino el Conde Partinuplés en el campo, y el Conde besò la mano al Rey su tío, y él le diò su bendicion, y encomendole á Dios, que lo creó. Y de esta misma manera hicieron los Moros al Rey Sornaguér. El Rey Sornaguér entrò en el campo, y luego se vinieron el uno para el otro, y abrazaronse con cortesia, y el Moro se encomendò á Alá, y á su Mahoma, y el Conde á Dios, que lo hizo. Y luego se arredraron afuera el uno del otro, y dexaronse venir así, como enemigos mortales, las lanzas en los rístres, y las hachas en las cintas: y luego echaron mano á las lanzas, y fueron á dar tan grandes, y terribles golpes, quanto las fuerzas de los Cavalleros podian llevar; y de tal manera se dieron los golpes, que hicieron volar en piezas las lanzas, y luego echaron mano á las hachas, y tales golpes se dieron, que saltaron los yelmos de las cabezas, y no se hicieron ninguna cosa; y viendose así, metieron mano á las espadas, y dieronse tan recios golpes, que hacian saltar centeilas de los

los yelmos. El Rey Sornaguér era hombre muy famoso, y dió al cavallo del Conde por el cocote, y dió con él muerto en tierra, que huviera de caer sobre el Conde; mas como el Conde era tan ligero, sacó con presteza los pies del estribo, y saltó de través, y puso contra el Rey con su espada en la mano, y su escudo ante el pecho. El Rey de Francia, y los Franceses desde que lo vieron apeado, comenzaron á tener gran sentimiento, aunque lo disimulaban, porque no desmayase el Conde; mas los Moros tuvieron placer, porque el Conde estaba á pie, y el Rey á cavallo, que hacían cuenta que era vencido. y estando así el Conde, decía al Rey que viniese, que qué hacía así estando parado? O á qué havia allí venido, y entrando en campo? Y dixo el Rey, que estaba esperando, que llevase el Rey de Francia las parias, porque vos, Conde, no murais, que tengo gran lastima de vos. Respondió el Conde: Haced lo que haveis de cumplir, que yo no soy venido para ser novio, sino para vencer, ó morir, que yo no tengo herida ninguna en mi cuerpo, que sea peligrosa, que mas deshonra me sería hacer esto que mandais; mas aderezad vuestro cavallo, y haced de manera que no se vaya el día en valde. El dixo al Conde: Yo he lastima de vos, que si yo quisiera atropellaros con mi cavallo, muy bien lo podia hacer. Allí dixo el Conde: Hasta aquí no os he miedo ninguno. Desde aquello oyó el Rey, que lo tenía en poco, dió de las espuelas á su cavallo, por querer atropellar al Conde, y como él era muy ligero, dió un salto al través, y alzò el brazo quanto pudo, y dió con la espada un gran golpe por debxado de los ojos al cavallo, que le hendiò la cabeza hasta las muelas, de tal guisa, que cayò del cavallo el Rey, en tal manera, que pensaron que le havia muerto. Luego el Rey se levantó, y el Conde comenzó de herir tan recio, que parecía un herrero. El Rey Sornaguér era tan fuerte, que bien podia soportarlo, y fuese á abrazar con el Conde, pensando derribarle, y anduvieron así abrazados un gran rato, y los Franceses havian muy grande duelo, porque los veían andar ambos apeados, y rogaban á Dios por el Conde, que le quisiese dar victoria contra su enemigo. Otro tanto decían los Moros por el Rey su Señor. Anduvieron así los Cavalleros luchando, y desde el uno al otro no se pudieron derribar, dixo el Rey Sornaguér al Conde: Cavallero, descansemos un poco, si

os place, y despues tornaremos á nuestra hacienda. El Conde resdondiò, que como por bien tuviese. Apartose el uno del otro, y el Rey se fue á sentar encima de su cavallo, que estaba muerto, y el Conde no se quiso asentar; mas puso la punta de su espada en tierra, y se puso de pechos encima de la manzana, y estuvieron así gran pedazo de tiempo, hasta que fue medio día; y entonces dixo el Conde al Rey: Levantaos de hai, que ya es tiempo que acabemos nuestra batalla, no se nos vaya el día en valde, que muy enojados están los Cavalleros que guardan el campo. Allí respondió el Rey: Placeme de voluntad; y levantandose en pie, hablandose como hermanos carnales, y peleando como enemigos capitales; y bien cubiertos de sus escudos, se fueron á dar tan grandes, y temerosos golpes con las espadas, que las centellas de los yelmos hacían saltar, y el Conde dió un gran golpe al Rey encima del yelmo, y quebrósele la espada por encima de la cruz, que no le quedó cosa ninguna en la mano, salvó la manzana; y desde que el Rey viò la espada del Conde quebrada, comonzóle á herir muy recio. El Conde bolvió la cabeza; y los Franceses pensaron que queria huir, comenzaron de affigirse, pensando que el Conde se daba por vencido, y los Moros havian grande alegría, porque el Conde se retraía, pensando que el Rey Sornaguér havia de quedar vencedor; y así retrayendose el Conde, vió en el cavallo, que traía el Rey Sornaguér, que estaba muerto en la silla, atada una visarma, que era muy bien fuerte, y bien templada, que el Rey havia traído para sí, y fuese el Conde para el cavallo del Rey Sornaguér, y sacó la visarma con gran corazon, y fue á herir al Rey por encima de la targia, y dióle tan gran golpe, que le pasó todas las armas, y llegó la punta á la carne, de manera, que no le podia herir Sornaguér al Conde, y porfiaba mucho por llegar á él, y la punta de la visarma lo hacía estar quedo. Estando el Rey Sornaguér así herido, no podia el Conde sacar la visarma, y no hacía el Rey sino herir en el Conde; de tal guisa lo aquexaba, hasta que el Conde se apartò, y despues bolvió el Conde muy recio, y dióle una parada en el escudo, y dió á la visarma tan recio, que se la sacó, y tan recio como se la sacó, tan recio le fué á dar por medio del yelmo, que quebró la visarma, que no era para dar golpes, sino estocadas. Quando vió el Rey, que el Conde no tenía armas, y el Conde

estaba tan rendido de cansado, que quisiera descansar. Holgóse mucho, y desde que el Conde hubo quebrado la visarma, vino se le mientes de la espada, que le dió la Emperatriz Mellior, y la traía atada en el arbón de la silla del cavallo, que estaba muerto en el campo, y fuese para él, y sacó la espada, y cobró tan gran esfuerzo, que fue maravilla, porque siempre pensaba, que no había hecho cosa alguna en pensar, que se la había dado su señora Mellior, y fuese para el Rey, y comenzóle de herir tan recio, que era maravilla. Y dixo el Rey Sornaguér: Valgame Mahoma! pareceme que este Caballero agora comienza el campo. Y el Rey estaba tan cansado, que no podía alzar el brazo, é hincó las rodillas delante del Conde, y rindióse por su vasallo. Desde esto vió el traydor del Conde Mars, que guardaba el campo sobre su fé, y juramento, que había hecho al Rey su Señor, que allí no fuese armado ninguno de su parte, hizo el Conde Mars á todos los que allí fueron ir armados, y echaron todas las capas, y pusieron mano á sus espadas, que tenían cubiertas, y entraron por el campo con muy grande alharido, que por grandes truenos que hicieran no se podrían oír segun el alharido; y echaron mano al Conde, y llevaronle consigo, pensando que el Rey Sornaguér era muerto. Desde esto vieron los Franceses, entraron ellos en el campo, y echaron mano del Rey Moro, y huyeron con él á la Ciudad de Paris. El Rey Moro que esto vió, comenzó á dár voces, diciendo: Traydores, el traydor del Conde Mars faltado me há. Y yendo con este pesar con los Moros, mató siete de ellos, todos de espuelas doradas. Desde vieron los Moros que iban así los Christianos, dieron en ellos. Quando el Rey de Francia vió aquello, entraron por la Ciudad llorando, y el Moro entre ellos, que no lo conocieron jamás mientras con ellos fue.

CAP. XIX. *Como el Conde Mars llevó al Conde Partinuplés por traycion.*

AL Conde Mars tornemos, que llevaba preso al Conde Partinuplés, que anduvieron hasta que llegaron al Real de los dos Reyes Moros, vasallos del Rey Sornaguér, los quales habían quedado en guarda del Real con toda la Cavallería. Y quando los Reyes vieron venir al Conde Mars, y no vieron venir á su Señor, preguntaronle por el Rey, y él contó todo el hecho como le había acontecido, y co-

mo traían preso al Conde de Blés. Desde esto vieron los Reyes, huvieron gran pesar, por que el Conde Mars había hecho en traer á su enemigo, y dexar á su Señor cautivo, y los dos Reyes metieron mano á las espadas, y fueron, y llevaronle en su poder, y tomaron al Conde Partinuplés, y llevaronle en su poder, é hicieronle mucha honra: y por guardarle mejor, que no se les fuese, metianlo en un silo de noche, y de dia sacabanlo, y hacíanle muchas honras: y esto hacían ellos, porque si fuera el Rey su Señor vivo, que darían por él al Conde; y si fuese muerto, que darían al Conde, porque los dexase ir á sus tierras el Rey de Francia.

CAP. XX. *Como los Franceses hacían gran llanto por el Conde, y como los dos Reyes Moros mataron al Conde Mars por la des-cortesía, y traycion que hizo.*

A Hora tornemos al Rey de Francia su tío, y á los Caballeros que hacían gran llanto por el Conde, pensando que era muerto, y el Rey su tío estaba metido en un Palacio encerrado, haciendo el mayor llanto que podía ser. Estando así ayrado, no había Cavallero que se osase parar delante de él, para le decir cosa alguna, y así estuvo toda aquella noche. Y otro dia por la mañana todos aquellos Cavalleros fueron delante las puertas de Palacio de el Rey, y el Rey Sornaguér con ellos, mas no porque lo conociesen, que allí estaba con ellos. Y mandó el Rey de Francia abrir las puertas de Palacio, y todos los Cavalleros entraron dentro, y el Rey Sornaguér con ellos. Desde los Cavalleros fueron dentro, el Rey comenzó á decir, como el Rey Sornaguér era traydor, que le había faltado á la ley, á la verdad, y juramento que había hecho. Nunca Dios querria que yo sea traydor, y por esto yo vine á vuestro poder; mas porque yo fíe mi campo al Conde Mars, que era de pequeño, y humilde suelo, me tengo por agraviado. Y maldito sea el Rey que fia su campo de villano, sino que sea hombre hidalgo, porque la verdad no sea falseada. Entonces dixo el Rey Sornaguér al Rey de Francia: Señor, manda escribir cartas, y embialas á los Reyes que están en mi Real, y si el Conde de Blés tu sobrino fuere vivo, por mi te se dará; y si fuere muerto, haced de mí lo que quisieredes, que en vuestro poder estoy. Oyendo esto el Rey de Francia, preguntó á los Cavalleros, si había alguno que

que le conociese, y todos le dixerón, que no. Entonces habló un Cavallero Español, y dixo: Haced sacar los Cavalleros Moros, que el Conde mi Señor os presentó aparte, que ellos os dirán si es el Rey. El Rey de Francia mandó sacar los Cavalleros Moros presos, y quando viniesen delante del Rey, vieron al Rey Sornaguér, e hincaron las rodillas ante él, y fuerónle á besar las manos, y los pies. Desque esto vió el Rey de Francia, lo tomó por la mano, y asentólo á par de sí; e hizo cuenta que tenía á su sobrino. Y luego fueron escritas cartas para los dos Reyes Moros, y para el Conde Mars, que luego vistas aquellas cartas, que tomasen el buen Conde de Blés, y lo traxesen los dos Reyes, lo mas honradamente que ellos pudiesen, mientras las cartas se escribian; huvolo de saber la Ciudad de Paris como allí estaba el Rey Sornaguér, y que le tenía el Rey de Francia en su poder: Españoles, y Franceses hacian grande alegría. Y luego fueron embiadas las cartas con los Mensageros muy apriesa, y mientras los Mesageros iban con las cartas, el Rey de Francia, y el Rey Sornaguér, y los otros Ricos-Hombres, e Hidaigos havian tanto placer, que era maravilla. Oyendo el Rey Sornaguér de como le havia acontecido con el buen Conde Partinuplés, y como se razonaban como hermanos carnales, y de como peleaban como enemigos capitales: estando ellos así en este placer, llegaron los dos Mensageros á los dos Reyes, que estaban en el Real. Y desque vieron las cartas, y supieron que el Rey su Señor era vivo, huvieron mucha alegría, porque entendian, que los Franceses le havian muerto al Rey su Señor, por quanto havian dado al Conde Mars que guardase el campo, y ellos ambos á dos havian muerto, y pensando los Reyes que los embiaban á llamar para darlos por traydores, diciendo, que era traycion: y ambos los Reyes embiaron cartas al Rey su Señor, que supiese de cierto, que el Conde Mars era muerto, y que ellos lo havian muerto por oír la traycion que havia hecho, y que en tanto viesse su Señoría lo que mandaba. Y luego los Mensageros se partieron con las cartas, y fueron dadas al Rey de Francia, y al Rey Sornaguér, y abrieronlas, y vieron lo que decia en ellas. Y desque la huvieron leído, hicieron grandes alegrías, porque era vivo el Conde su obrino, que el Rey Sornaguér dió gracias á Alá porque saldría de cautiverio. Y entonces el Rey de Francia,

y el Rey Sornaguér, y los Cavalleros ordenaron en esta manera: Que pregonasen, que ninguno fuese osado de hacerles daño á los Moros, sopena que les cortasen las cabezas; y escrivieron las cartas, y embiaronlas con los Mensageros á los dos Reyes, que viviesen salvos, y seguros, y que traxesen al buen Conde lo mas honradamente que ser pudiese, y pregonar por todo el Real, que ningun Cavallero fuese osado de hacer ningun mal, ni daño alguno, ni guerra por todo el Real, so pena que lo matasen por ellos. Desque las cartas fueron llegadas al Real de los Reyes, dieronlas, y abrieronlas; y visto lo que en ellas decia, plugoles mucho por ello, y huvieron grande placer, por las nuevas que huvieron en las cartas: y luego se fueron para el Conde, y le dixerón aquellas nuevas, y luego mandaron aderezar algunos cavallos, que fuesen como los Reyes; y tomaron al Conde, y le dixerón aquellas nuevas; y luego se fueron aderezar por la Ciudad de Paris, donde el Rey de Francia estaba, y el Rey Sornaguér, que tenían los dos Reyes, y traían al Conde su sobrino, salieronlos á recibir con toda la Cavallería; y desque llegaron los unos á los otros, el Conde fue á besar las manos al Rey su Señor, y el Rey lo abrazó llorando de contento, y el Rey Sornaguér se fue para el Conde, y comenzóle de abrazar, diciendo: O buen Cavallero, valiente, y esforzado! quan bien puedo decir, que no ay otro tal como tú! y así entraron en la Ciudad, e hicieron grandes alegrías, y fueronse para el Palacio, y allí le fueron otorgadas las parias al Rey de Francia por el Rey Sornaguér, y los otros dos Reyes, y dieronse por sus leales vasallos, y así se hizo la paz.

CAP. XXI. Como los dos Reyes Moros por derecho libraron, que no les pudiesen llamar traydores por la muerte de Conde Mars.

Hablémos ahora de los Reyes que havian muerto al Conde Mars sin licencia del Rey su Señor, y dixerón ante el Rey Sornaguér su Señor, que si ellos merecian ser dados por traydores por la muerte del Conde Mars, que ellos querian vér en qué manera los perdonaria el Rey Sornaguér, y que querian ser librados por su derecho, porque no llevasen aquel cargo. Luego el Rey de Francia mandó llamar á todos los Sabios de su Corte, y quando huvieron venido, les fue contado todo el

el caso conforme havía acaecido, los Sabios acordaron en esta manera: Que el Conde Mars mereció aquella muerte por faltarle la fé, y juramento, que a el Rey havía dado, y en dexar á su señor, y llevar á su enemigo. Y luego el Rey de Francia, y el Rey Sornaguer los dieron por libres: para pagar las parias dieron en reñes Villas, y Castillos, y así fue tornada su tierra al Rey de Francia, y todos los otros Reyes se fueron a sus tierras.

CAP. XXII. Como su madre del Conde llegó á París, y el Rey su tio, y el Conde la salieron á recibir.

SU madre del Conde quando supo que su hijo havia librado á Francia de tan gran tribulacion, se fue para París; y desque el Rey su hermano y el Conde su hijo supieron que venia, salieronla á recibir, y ella estando así holgando, dixo la madre del Conde á el Rey, que seria bueno que le diesen muger á el Conde, pues ella sabía de una Doncella hidalga, que era sobrina del Papa, y que era muy hermosa, y que aquella seria buena, y que olvidaria la Aia, y muy perteneciente era aquel Cavaliero para aquel Reyno, y que si no lo nitiese, que tomaria amor con la Aia, de tal manera, que nunca mas bolvies. Respondió el Rey, que sería así bien, y que al Papa le placiera de buena voluntad: y luego escribieron muy apriesa sus cartas, y embiaronlas luego con sus Mensageros al Papa. Y el Papa quando lo supo, plugóse mucho de ello, y luego mandó llamar un Cardenal; y siendo venido, mandó que se aderezase muy bien, porque lo havia de embiar con su sobrina para que la llevase de rienda. Y el Papa le mandó quatro Castillos, y diez cuentos en casamiento. Todo esto daba el Papa por las buenas nuevas que oyó decir del Conde, y tambien porque cuidaba que le placia al Conde. Quando la Doncella, y el Cardenal llegaron cerca de París, embiaron un Cavallero á el Rey, que le dixese como venia, y luego el Rey, y los Cavalleros la salieron á recibir muy honradamente con muchos juglares de diversas maneras, y llevaronla al Alcazar, y estuvieron ocho dias hablando con el Conde Partinuplés, diciendole del casamiento con la sobrina del Santo Padre, y todavia el Conde la desviaba, que nunca Dios quisiese que él hiciese tal cosa, y que en ninguna manera dexaria á Melior. Y desque su madre vió que

su hijo era perdido, que la Ada lo havia encantado, ordenaron de le dar veleno en el vino. Una noche, estando cenando, lo hicieron así como lo pensaron; y desque el Conde fue envenenado, traxeron á la Doncella delante de él, é hizo quanto ellos le mandaron (no digo con ella, que era muger de alto linage, mas que fuera otra qualquiera) dexaronlos aquella noche en un quarto, y ella no hacia sino abrazar al Conde, y el Conde no hacia sino dormir. Quando fue la mañana, que despertó el veleno, demandó á grandes voces, que le diesen su cavallo, que se queria ir a véra Melior. La Doncella echó mano de él, diciendo, que no le dexaria, que era su marido, y no de la Ada, y tenido tan recio, que no lo dexaba. Desque el Conde vió que no le so taba, rodeó la mano derecha, y dióla una bofetada, que toda la boca la bañó en sangre.

CAP. XXIII. Como el Conde salió muy ayrado del Palacio, y fue al puerto donde estaban aguardando los Mensageros de la Emperatriz.

EL Conde salió ayrado del Palacio, y cavalgó en su cavallo, y fuese para el Puerto, que havia mas de ocho dias que le estaban esperando, y entró en el Batel, y fuese para la galeria, y luego se partieron para el Castillo de Cabezadoyre, y los Marineros no le veian á él, ni él á ellos. Llegó al Castillo, y dexó arredrado el cavallo, y entróse por el Alcazar hasta la sala, como havia acostumbrado. Y desque entró, vió la mesa puesta donde solia asentarse, y asentose en la rica silla, que estaba en par de la mesa, y luego le traxeron aguamanos, y fue bien servido de viandas de muchas maneras. Desque hubo comido, tomó aguamanos, y los manteles fueron luego alzados, y levantados de la mesa, y fuese presto para la cama donde solia dormir, y desnudó sus ropas: echóse con gran placer, y estando echado, oyó por los Palacios los pasos de la Emperatriz; y desque fue desnuda, lanzóse en la cama. Desque el Conde la sintió en la cama, tomóla en sus brazos con grande alegría, y deseo, que tenia de verla, besandola, y abrazandola, y contóla todo lo que le havia pasado en la batalla. La Emperatriz dió gracias á Dios per la tal victoria; y desque lo hubo contado, el Conde la besó las manos, pidiendola por merced le quisiese perdonar. La Emperatriz le dixo: Como así? Sabed, que os he faltado, y no por

mi grado, que en la Corte del Rey de Francia mi tío, me desposaron con una Doncella sobrina del Santo Padre, y he hecho de suerte, que yo no supe donde estaba, ni donde no. La Emperatriz le dixo: Yo os perdono, mas mirad, que quiero, que lo que hasta aquí os he encargado, que no sea descubierto por vos, ni por otra persona mi cuerpo, que todo me es á mí ninguna cosa, guardandome esto que os he rogado. De esta manera estuvieron bien dos meses holgando con mucho placer.

CAP. XXIV. Como el Conde pidió licencia á la Emperatriz para tornar á Francia por causa de los Españoles, que se havia olvidado de despedirse de ellos.

AL Cabo de estos dos meses acordóse de los Españoles, que en Francia dexó, y pidió por merced á la Emperatriz le diese licencia, que queria ir á Francia por vér su tío el Rey, y á su madre, que con la gran priesa del desposorio no se le acordó de despedirse de los Españoles, y que ahora queria ir á saber de ellos. Y ella dixo, que como él quisiese así fuese, y que era contenta de toda, y havia gran placer. Luego le hizo aderezar una muy buena Galera, y los vestidos muy ricos, y embiólo en paz, y todavía pidiéndole por merced, que guardase aquello que le habia encomendado, y prometióselo. Y quando fue la hora de Maytines, dixo la Emperatriz al Conde: Quedad en paz, que voy á aderezar lo que haveis de llevar, y encomendaronse á Dios. Quando amaneció, halló el Conde sus paños ricos de oro, y seda, y luego se vistió, y aderezó muy bien, y fuese para el Puerto, y halló la Nao muy hermosa, y entró en ella, y fue su viage al Castillo de Blés. Estando su madre á las varandas, vió venir la Nao, y conoció que venia su hijo. El Conde estuvo allí holgando con su madre tres dias, y preguntabale la madre, qué hacia con aquella Ada? El Conde suplicó á su madre no le dixese Ada, porque era una de las mejores Damas del Mundo, y que si Dios le dexase cumplir dos años, ella veria si era Ada. La madre dixo: Mi pesar es, y lo creo, pues no la podeis vér, ni gente alguna. Dixo el Conde: Señora, si todavía me decís mal de quien tanto quiero, no me vereis mientras yo viviere. Y la madre dixo, que le perdonase si le havia hecho enojo, que no se lo diría mas. Luego le dixo su madre, que fuese á vér al Rey su tío, que

estaba en París; y el Conde dixo, que le placía, y luego mandó apercebir lo que le havia de llevar.

CAP. XXV. Como el Conde fue á París á vér al Rey su tío, y de la cuenta que le pidió al Rey de los Españoles.

PArtieronse á otro día para el Reyno de Francia, y desde que él supo que venia su hermana, y el Conde, salieron á recibir, y el Conde besó la mano al Rey, y el Rey le abrazó, diciendo: Dios te guarde de mal. Y fueronse para la Ciudad, donde estuvieron tomando placer. Y Elicena la esposa del Conde, como supo que estaba allí, le embió á decir al Santo Padre, que supiese su Santidad como era venido el Conde de las tierras de la Ada, y quando fueron escritas las cartas, embiólas con dos Mensageros vasallos de Elicena, que fuesen con la respuesta lo mas presto que se pudiese. Tornemos al Rey de Francia, y al Conde su sobrino, de como demandaba el Conde cuenta á el Rey, si havia contentado á los Españoles? Y el Rey le dixo, que el haber que havia traído, lo havia repartido por todos, y tuvieron grande pesar porque no se havian despedido de él.

CAP. XXVI. Como el Santo Padre embió un Obispo para el Conde, que le hiciese aborrecer á la Emperatriz, y quedarse con su esposa, sobrina suya.

Tornemos, pues, al Santo Padre, que desde que supo que havia venido á París el Conde Partinuplés, no sabía qué se hacer; y estando así pensativo, un día llegó un Obispo, y dixole: Señor, qué habeis? por qué estais así? Pidoos de merced sepa yo este negocio, porque podria ser, por gracia de Dios, pusiese yo remedio. El Papa se lo contó todo como havia acaecido; y el Obispo le dixo: Señor, pues vuestra Santidad me haga merced de un Capelo, y yo haré vér la Ada á vuestra Santidad, y á el Conde que la aborrezca. El Papa se lo prometió. Y el Obispo se partió luego para París, y llegó ante el Rey, y fue aposentado muy bien. Y estando algunos dias holgando, hubo de partirse el Rey, y su hermana á otras tierras: y viendo el Obispo que se queria partir el Rey, apartólo á él, y á su hermana, y dixoles: Señores, este mozo anda muy perdido, hacedle confesar conmigo, y yo sabré su

su intención, y trabajaré por tornarle á el Reyno de Francia. Ellos le dixeron, que les placia de buen grado, y fueronse para el Conde, y dixeronle: Que pues era Christiano, que se confesase, y comulgase, que en ello haria servicio á Dios, y que le ayudaria en sus menesteres. El Conde le respondió, que le placia. Despues de esto, la madre le dixo: Con aqueste Obispo os confesad, que es hombre de buena vida, y trae las veces del Santo Padre. El Conde dixo, que fuese en buena hora, y luego se fue á confesar con él, y tanto hizo el Obispo con la confesion, que hubo saber el secreto del Conde; y el Obispo le dixo: Hijo, muger que hace muestra de muger, no es sino pecado, que los pecados andan entre lo hombres, y no los vén, y con estas palabras le convirtió. El Obispo dixo al Conde: Yo os daré una lanterna, que es encantada, que nunca se puede apagar hasta que la quiebren: llevareisla con vos, y quando entrareis en el Palacio de la sala do comieres, ponerla entre las piernas, que nadie la vea, y quando os echaredes en la cama, y las hachas fueren idas, ponedla á la cabecera, y quando viniere la Emperatriz, y quedase dormida, sacad la lanterna muy quedo, y quitadla de encima, y veréisla; y si fuere pecado, no le podreis ver, y saldreis de esa duda. El Conde Partinuplés dixo á el Obispo, que así lo haria sin discrepar en cosa alguna. Y á otro dia por la mañana cavalgó el Conde en su cavallo, y fuese su viage hasta donde estaba la Nao que lo havia traído, y entró dentro de ella, y fue siguiendo su viage hasta llegar á el Castillo donde estaba la Emperatriz. Y aviendo el Conde llegado á el Puerto, su corazón todo turbado, pensando que la Emperatriz lo havia todo barruntado, porque era muy sabia, y entendida, luego se fue derecho para el Alcazar, adonde solia comer, y asentóse en la silla, segun que de antes haveis oído, y tomó aguamanos, y luego le fueron traídas muchas viandas de diversas maneras, de tal guisa, que fue servido como un Emperador. A todo esto las carnes le estaban temblando de pesar, imaginando como havia de hacer aquella traycion: y llegando la noche, vió ante sí dos hachas, segun que lo havia á costumbre, y fuese para la sala de Palacio donde estaba la camara de la Em-

peratriz, y asentóse en el estrado, que estaba junto á la cama, y no se quiso desnudar, porque no sabia donde poner la lanterna que traía, y miró donde estaba mejor, y mas cubierta, y pusola á la cabecera de la cama. Y estando así muy suspenso, oyó pasos por el Palacio, y luego echó de ver, que era la Emperatriz.

CAP. XXVII. Como cayó una gota de la cera encima de la Emperatriz, y la despertó, y como queria hacer matar á el Conde.

EL Conde miró tanto su hermosura, que no se hartaba de verla, y estando mirando, cayóla una gota de cera encima, y despertó. Desque la Emperatriz vió descubierta, dió un grande grito, diciendo: Valgame Dios, y Santa Maria, como soy muerta! de manera, que se amorteció. Desque el Conde vió, que ella lo havia visto, dió con la lanterna por el Palacio, de tal manera, que la quebró, y comenzó á entristecerse, y maldecirse á sí mismo, á su madre, y á el Rey su tio, á el Obispo, y quantos havian sido en el consejo. Apoco rato tornó en sí la Emperatriz, y comenzó á llorar, diciendo: Doncél traydor, en mal punto hicisteis lo que haveis hecho, que yo os mandaré hacer pedazos en viniendo el dia, pues que me haveis deshonrado. No era esto lo que os havia rogado? que por este recelo os decia, que no me descubriesedes, y ahora me vereis vos, y quantos ay en mi Corte sabrán mi deshonra. Saltó de la cama la Emperatriz, y vistióse. Mientras ella se vestía, el Conde no hacia sino llorar, pidiendola por merced le perdonase, que nunca otra vez lo haria, y que él se tenia por traydor, por aquella traycion, que contra ella havia cometido. Allí habló la Emperatriz: Por cierto, traydor, que como pasasteis lo mas, podiais

pasar lo menos , que haviades de esperar cinco meses , y fuerades señor de mi Imperio , y ahorame haveis perdido á mí , y á todo mi haber , y en viendo el día moriréis , que todo os lo perdonára , salvo esto que me haveis hecho. Y dexólo así , y fuese para el Palacio de su hermana Urracla , y comenzó á llorar , y á mesarse de tal manera , que la hermana y las Dueñas havian gran temor en verla así , que no sabian cosa del Mundo que hacer para consolarla. La Emperatriz tomó á su hermana por la mano , y contóla lo acaecido con el Conde en averla descubierto , y deshonorado , y que el encantamiento ya no era nada , que todas las gentes los podían vér á ella , y á él. La hermana la dixo: Yo me iré para el Palacio porque no se vaya , y llamaré hombres que vengan armados para que lo hagan pedazos. Y la Emperatriz mandó llamar sesenta hombres de armas , que viniesen á la sala , que estaba enfrente del Palacio , y esperasen á un Cavallero malo , que havia hallado en su Palacio : y ella se asentó en unos cogines á el quicial del Palacio á aguardarlo. El Conde no hacia sino mirarla , y mientras mas la miraba , mas hermosa le parecía , y con el enojo estaba tan hermosa , que parecía el grano de la granada colorada , y aun mas que la rosa , aunque no estaba compuesta , que mas linda parecía que la mas compuesta. Y el Conde estaba desnudo sin tener que vestirse , que así quería la Emperatriz que muriese , porque fuese mas deshonorado. Y estando así Urracla , hermana de la Emperatriz , aderezaba los paños que vistiése el Conde , porque grande desseo tenía de vér á el Conde su cuñado , mas no de aquella manera , que estaba esperando la muerte. Y quando fue el día claro , Urracla fue para el Palacio do estaba la Emperatriz , y vió al Conde que estaba en la cama sentado , pidiéndola por merced , que le perdonase , y ella no le respondia , que bien parecía en el callar de la señora , que no era su volunrad. Todo esto era ácia él Alva , y á poco rato oyó el Conde por la sala los hombres de armas , y hubo entonces gran temor de ser muerto. Y estando así , entró Urracla por la puerta del Palacio , y quando la vió el Conde , miróla muy bien , que era muy hermosa , su rostro amoroso , y gracioso , la cabeza pequeña , los cabellos muy rubios , como hermosas hebras de oro , los ojos negros pintados , las cejas negras , la frente blanca , la garganta larga , el rostro agui-

leño , la nariz afilada , boca pequeña , los labios colorados , los dientes blancos , y menudos , las espaldas largas , los pechos albos , pequeñas , sus brazos de buen talie , las manos pequeñas , y blancas , los dedos largos , y delgados , la cintura delgada , las caderas anchas , el pie muy pequeño , y socabado : Su talie de la muy hermosa Urracla era este. Quando Urracla entró en el Palacio , todas las Dueñas , y Doncellas se quedaron fuera , por el grande temor , que havian de vér á la Emperatriz su señora , porque la veían tan ayrada , que no osaban parecer delante. Urracla se fue derecha á la cama , y miró á el Conde , como era de tan buen cuerpo , y tan hermoso , y comenzó á decir así: Hermano , y señor , por qué hicisteis tan grande pesar á mi señora hermana ? que como haviades pasado lo mas , pasarades lo menos , y os gozarades vos , y mi hermana , é yo , y fuerades Emperador. Quando supo el Conde , que aquella era su hermana , tomóla de las manos , y besóselas , diciéndola ? Señora , y querida hermana , sabed , que yo fui engañado por mi madre , y por mi tío el Rey de Francia , y por un traydor Obispo. Oído esto Urracla , se fue para su hermana , y comenzóla á besar los pies , y las manos , pidiéndola encarecidamente por merced , que lo perdonase , pues que no havia sido el yerro por él. Respondió la Emperatriz , que no lo haria en ninguna manera. Con esto se fue la noble Urracla á el Conde , y todavía el Conde la rogaba trabajase lo que pudiese en ello. Y Urracla bolvió á su hermana , y tornóla á importunar , y besar las manos , y los pies , pidiéndola por merced , que huviése piedad de él , que no muriese así , pues no fue en él ; y todavía dixo la Emperatriz , que havia de morir. Tornó Urracla á decir al Conde , que todavía no quería : de manera , que no hacía Urracla otra cosa si no ir á la cama del Conde , y bolver á la Emperatriz. Y al fin , dixo á la Emperatriz , que pues lo havia traído de su tierra , le mandase dár su cavallo , y no le matase , sino que se fuese : todavía ella diciendo , que no. Urracla dixo: Pues sed cierto , que sus parientes os demandarán , y todo lo otro , que haveis havido con él : el marido que huvieredes os lo dará en zaherido ; y mientras esto decía , estaba á sus pies , rogandola por el buen Conde , de tal manera , que nunca jamás la pudo sacar de no. Aquí dixo Urracla: Señora , hacedme merced , que no
le

le hagais matar desnudo, que yo traeré los paños que él traxo, y el sabueso, y su vocina, y cuchillo. La Emperatriz le dixo, que le placia, que no tardase, que venia el dia á mas andar; y así, Urracla se fue al Puerto de Mar, que está cerca de la Ciudad, donde ellos estaban, é hizo aderezar dos Naos, y despues fue al Palacio de la Emperatriz, y llevó los paños del Doncél, y comenzóle á vestir, y aderezó los paños de lino, y sus ropas, y su cavallo morcillo, y su espada, y fuese para el Palacio de la Emperatriz, y comenzó á vestir al Doncél, y ambos á dos á llorar: y desde que el Conde fue vestido, le tomó Urracla de la mano, é hincó los hinojos en ella, diciendo: Señora, perdonad tan hermoso Doncél; y la Emperatriz dixo, Por cierto el traydor morirá. Y respondió Urracla: Yo quiero ir con él, y como lo mataren, lo enterraré, y le haré mucha honra, como á mi cuñado.

CAP. XXVIII. *Como Urracla escapó al Conde la muerte, y lo embió á su Castillo de Blés.*

Urracla lo tomó por la mano; y lo llevó por la sala, la mano del peloté encima de la cabeza del Conde, y quando los hombres armados lo vieron, pusieron mano á las espadas, y visarmas para lo matar. Urracla les dixo: Estad quedos, señores, que no es este el Cavallero que mi hermana mandó matar; mas es un escudero, que embia sobre la Mar: quando saliere el otro, matadle; y fueron para el Puerto Urracla, y el Conde, y díxole Urracla: Tomad vuestro cavallo, que aquí traxisteis; y el Conde le metió en la Nao, y encomendólo al Maestre, que le llevase á Blés seguro: y díxole: Aun que os llame la Emperatriz, no bolvais, porque os mandaré matar: y ellos se fueron, y Urracla se metió en otra Nao por miedo de su hermana, porque no la matase, y fuese á la tierra que le havia dexado su Padre, y fue tan enamorada del Conde, que si no fuera su cuñado, le llevara: Gentil hombre debía de ser?

CAP. XXIX. *Como el Conde llegó á Blés, y no quería que lo recibiesen los suyos, llamandose traydor á sí mismo.*

A Ora tornémos al cuitado del Conde, que lo puso el Maestre de la Nao á la puerta del Castillo de Blés, y desde lle-

gó allí era de noche, y el velador conociólo: fuese á besar la mano, y el Conde le dixo, que se fuese, que era trydor; y arribose el Conde á la cerca, y comenzó de llorar tanto, que era maravilla, y desde esto oyó el velador, fue á llamar á su madre, del Conde, que lo viniese á ver, que estaba muy triste. Quando la madre lo supo, fuelo á abrazar, y el Conde la puso la mano en los pechos, la dió un empujon, diciendola: No me abraceis, madre, porque tanto me hicisteis traydor, y el Rey de Francia mi tio, y el traydor del Obispo, que si supiese do estaba, yo le daría el pago. Desde la madre lo oyó, comenzó á llorar, diciendo, que ella no tenia culpa. El Conde la dixo, que se fuese en buen hora, y que no le mirase, ni hablase, que todos le havian sido traydores. Fuese el Conde á meter en una casa de un pobre Labrador, y desde estuvo dentro, cerró las puertas, y comenzó á afligirse, haciendo grande llanto. Desde esto oyó la madre, y las amarguras que hacía, queriase tornar loca. El Conde la ajaba de tal manera, que los que lo oían, pensaban que era tornado loco, y estuvo tres dias, que no comió, ni bebió, dando voces.

CAP. XXX. *Como el Rey Sornaguér embió su hijo al Conde, para que aprendiese buenas costumbres.*

Como el Rey Sornaguér supo que el Conde era en Francia, y este Rey tenia un hijo, al qual llamaban Aufete, y el Rey Sornaguér le dixo: Hijo, id vos á Francia, y hallareis un Cavallero, que es sobrino del Rey de Francia: ha por nombre el Conde Partinuplés, servidle, y procurad de aprender sus costumbres. Aufete desde lo oyó, plugóle de muy buen grado, por quanto oia decir, que era buen Cavallero; y luego procuró su partida del Reyno de su padre, y fuese para Francia, y preguntó por el Conde Partinuplés, y los Franceses le dixeron, que estaba en el Castillo de Blés, y que allí lo hallaria: y luego partió para él, y llegó á la puerta do estaba el Conde, y llamó, y respondiolo, que quien era: El dixo, que Aufete, hijo del Rey Sornaguér, que le embiaba su padre á estar con él. El Conde le dixo, que mucho en buen hora, si él quisiese hacer su mandado, Y él dixo, que haría quanto le mandase. El Conde le abrió la puerta, y le dixo, que se podia llamar hijo del mejor Cavallero del Mundo, y que si así no fuera, que no en-

traría en su compañía. Aufete le dixo cómo así? porque mi madre, y el Rey mi tío me hicieron que fuese traydor: en el Reyno no entraré mas, hasta vér lo que deseo: Aora, hermano, si vos quereis haver mi compañía, haced amasar pan de cebada, y traedme aquí un jarro de agua, y él lo hizo así como el Conde lo mandó. De esto comía cada día, y aun aquello no comiera, sino por la hambre que lo aquejaba. En esta vida estuvo ocho meses; y desde que el Rey de Francia su tío supo como se havia tornado loco su sobrino el Conde, y deshonoraba á su madre, por esto no queria el Rey ir á verlo, porque se sentia culpado; y quando se cumplieron los cinco meses, en que se cumplen los dos años que havia de ser Emperador, supolo el Conde, é hizo gran llanto, y grandes cuitas, que no siendo hombre en el Mundo que lo oyera, que no le quebrára el corazon segun sus amarguras, porque el tiempo se havia cumplido; y todos quantos lo veían, pensaban que era loco, por las cosas que decia.

CAP. XXXI. *Como los Reyes, y Cavalleros del Imperio juntos se fueron á la Emperatriz para que se casase, y como se ordenaron Cortes.*

BOVAMOS á Melior, que estaba en su Castillo, como mandó hacer Cortes: ajuntaronse los siete Reyes, Condes, y Duques, y desde que fueron llegados á do la Emperatriz estaba, díxoles la Emperatriz, que bien sabia como les havia dado plazo de dos años, y que eran pásados, y que en este tiempo havia de tomar marido, y dixo que no tenía recado. Y dixeron los Reyes, y Ricos-Hombres, qué mandaba su Señoría, que se hiciese en ello? Dixo la Emperatriz entonces: lo que ellos por bien tuviesen, que esto hiciesen. Dixeron ellos, que buscarían el mejor hombre, que fuese perteneciente para su Señoría. En esto acordó la Emperatriz, y pidióles por merced, que esperasen un poco; y estando así, entró un Mensagero por el Palacio donde estaba la Emperatriz, é hincando las rodillas, besó una carta que traía, y pusola encima de la cabeza, y dióla á la Emperatriz, y leyóla, y entendió bien lo que venía, y luego pidió de merced á los Señores, que le diesen dos, ó tres meses de plazo para embiar en busca de aqueste noble Cavallero, que aquí me embien á decir, que es perteneciente para mí, y es de levas tierras, que en estos tres

meses embiaré por él. Los Reyes se lo otorgaron. Luego fueron derramadas sus Cortes; y todo esto así hecho, embió la Emperatriz por su hermana Urracla, embiándola á pedir por merced, que viniese donde estaba, por quanto queria tomar consejo con ella. Urracla no osaba ir allá por miedo que la haría matar, porque muchas veces havia embiado por ella, por saber si el Conde era muerto, ó vivo; y Urracla embió á decir, que era tornado loco, y por esto no osaba ir ante ella. Quando la Emperatriz le embiaba cartas á un Lugar, luego su hermana Urracla huía á otro, porque no le embiase otra carta, y así anduvo siempre huyendo. En esto la Emperatriz se veía en gran cuita, y no sabia con quien tomar consejo, y tomó tanto enojo, que cayó amortecida en tierra, y nadie sabia por qué lo hacia; y pasados los tres meses, vinieron los tres Reyes sus Tutores, y dixeronla: tiene vuestra Alteza recaudo que si no, ellos se lo darían. Y desde que vió que no havia podido saber de su señor el Conde, que ellos por bien tuviesen. Los Reyes dixeron, que mientras que llegaban Cortes, que ella buscase y que ellos le ayudarian á buscar. Ella les dixo, que le placia de buena voluntad. Hizo luego escribir cartas á su hermana, en que le embiaba á pedir de merced, que le supiese del Conde su señor. Llegaron los Mensageros donde estaba Urracla, y ella embió esta respuesta: Que quando ella le rogaba por él, nunca quiso hacer su ruego, y que su voluntad era de lo mandar matar, y ahora lo vé en cuita, que lo mandaba buscar, que supiese cierto, que era tornado loco, y que ella havia de ayudar á aquel pecado, mas hasta que viniese el Conde á su Castillo, que nunca allá iria. Y desde que la Emperatriz oyó aquello, hubo gran pesar; pero embióle á decir, que loco, ó cuerdo, ó como estuviese, que se lo traxese, que ella le perdonaba, y que creía, en perdonándole, luego sanaría. Urracla hubo de esto gran placer. En esto, y en juntarlos de Cortes, se pasaron los dos años, y mas el tiempo que le havian dado de plazo Urracla embió luego á decir á la Emperatriz del buen Conde Partinuplés.

CAP. XXXII. *Como el Conde estando en penitencia, no pudiendo morir, acordó de ir á la floresta por acabar su vida.*

PUES bolvemos al Conde, que estaba en penitencia, y havia estado así ocho

ocho meses, que no comia si no pan de cebada, y agua; y como vió que no podia morir, y que la hambre lo aquejaba algo, pensó en su corazon, y dixole su criado Aufete, que hacia locura en estar tanto tiempo en aquella grave pena, que podría ser que su enamorada fuese casada, y que por éi no se le daría ninguna cosa, y que su voluntad era salir de allí, é ir á otra tierra: y esto hacia él por morir. Desde su criado lo oyo, hubo placer, y dixo: Señor, yo os lo ruego, y os llevaré á otra tierra, y comereis, y bebereis, y tiraos heis ese cavallo, y tornaros heis para París, y tomareis placer con los del Reyno, y para esto tomaré otro cavallo. El Conde le dixo, que le placía de buen grado. Así ordenaron luego su partida, que al primer sueño partiesen, de manera, que nadie lo conociese, por quanto el Conde no estaba para parecer delante de las gentes, y así caminó, pasando Aufete muchas penas con el Conde, subiendo en el cavallo, y apeandolo; y si por Aufete no fuera, que le llevaba las manos en las espaldas, otra mente no se podía tener en el cavallo: tan flaco iba, y así anduvieron aquella noche, hasta que llegaron á un lugar cerca de las Sierras de Ardena: y llegados, Aufete descendió, y apeó al Conde Partinuplés, y le preguntó: Qué queria comer? El Conde le dixo que curase de sí, y no curase de él, que mas queria morir, que vivir. A esto dixo Aufete: Cómo, señor, á esto me traxiste? Y dixo el Conde: Pues cierto no os he hecho mal ninguno. Dixo Aufete: Asaz me haveis hecho de falsia en sacarme salvo, y seguro, que si vos, Señor os matasedes, ó os dexasedes morir, dirían que yo os saqué á matar por vengar lo de mi padre, y de Elicena vuestra esposa. El Conde dixo: Tornaos Christiano, y seré vuestro Padrino, y haré quanto mandaredes. Esto decia el Conde, pensando que no lo hiciera, para no tener color de hacer lo que le rogase. Aufete, con deseo de verle sano, dixo que le placía. Otro día lo bautizaron, y pusole nombre Guillermo, que es nombre Francés. Desde lo vió Christiano, hubo muy gran placer, y sin que Aufete lo supiese, se huyó el Conde á las Sierras de Ardena, y Aufete se tornó á casa del Rey su padre.

CAP. XXXIII. Como la Emperatriz embió á llamar á su hermana Urracla por tomar consejo con ella; y ella huyó por la mar, y como los Grandes estaban en gran division sobre quien havia de ser Emperador.

Bolvamos á las dos hermanas, que estaban en muy gran question, como Urracla no queria venir á merced de la Emperatriz, por quanto las Cortes estaban ayuntadas con siete Reyes, y todos los de su Imperio en grande question, diciendo quien havia de ser Emperador: y la Emperatriz todavia embiaba por Urracla su hermana, y ella no queria venir; porque queria tomar con ella consejo, en tal manera, que la Emperatriz, no sabia qué hacerse. Estando en este estado las cosas, acordó Urracla aderezar una muy buena Nao, y entróse en ella, y dió á huir por la mar. Bolvamos, pues, á los dos Reyes del Imperio, que decian que fuese uno, que ellos tenian, que pertenecia para Emperador: y los otros tres Reyes, y Cavalleros decian, que fuese otro, que ellos sabian, que era muy perteneciente para ser Emperador; y con esto estaban mal informados. En esto dixerón los Reyes sus Tutoras: Nosotros somos tenedores del Imperio, y queremos á vos, y á nos quitar de question, y que por nosotros no ayais guerra, y para ello queremos, que sean escritas cartas por el Mundo, que vengan todos los buenos Cavalleros al Imperio, y el que fuere mejor en el Torneo, ese habrá el Imperio. Todos dixerón fuese Christiano el que viniese, y fuese Emperador; y siendo Moro, se tornase Christiano, y le diesen el Imperio. Y de esta manera escritas, se repartieron á todas partes, é hicieron pleyto omenage de no ir, ni venir contra ello.

Bolvamos á la Emperatriz, que no sabia qué se hacer, ni con quien tomar consejo, porque muchas veces havia embiado á llamar á su hermana, y no queria venir. Esto hacia la Emperatriz por haver consejo con Urracla, porque havia gran rezelo, que no le havian de hablar qual debia.

CAP. XXXIV. Como andando Urracla huyendo por la Mar, aportó á las Sierras de Ardena, y como halló allí al Conde en forma de animalia.

Andando Urracla así huyendo por la Mar, porque la Emperatriz no supiese donde estaba, tanto anduvo, que amane-

ció junto á las Sierras de Ardaña; y andando así, oye relinchar un cavallo, y Urracla le preguntó al Maestre de la Nao, en qué tierra estaba: porque havia oído relinchar aquel cavallo. Respondió el Maestre: Señora, de esto estoy maravillado, que estamos en las Sierras de Ardeña, que son las mas desiertas de todo el mundo, y muy asperas. Entonces dixo Urracla al Maestre: Echad ancla, y esperemos hasta el dia, veremos qué cosa es. El Maestre dixo: Bien hareis, que podria ser algun Cavallero, que está perdido, y meterlo hemos en la Nao. Dixo Urracla: Hagase así, si es tierra que podemos andar á pie. El Maestre dixo, que era tierra de muchas fieras, en que havia muy grandes sierpes, y otros animales; empero, señora, yo saldré primero, y las encantaré de manera, que entremos muy seguros: y luego salieron á tierra. Urracla dixo al Maestre: Entrad primero; y él lo hizo así, y encantó los animales de manera, que los Leones subian á las Sierras, las Sierpes á las cuevas, las Onzas á las peñas, los Osos á las sierras. Desque esto vió Urracla, descendió del Navio, é hizo sacar la Hacanea, que llevaba dentro, y subiendo en ella, que era muy hermosa, y luego entraron en la Sierra y hallaron rastro de cavallo. Allí dixo el Maestre: Señora, quereis ir hasta donde vá el rastro? que ay mucha sangre en él: mas no sé si es de cavallo, ó de su señor. Y Urracla le dixo: Veamos donde vá, y fuéronse por el rastro de la sangre, hasta que llegaron á una fuente donde solía beber el Conde, y hallaron un Leon muerto, y tenía en la boca un pedazo de carne, que era del cavallo, y todos miraban que podia ser aquello. Entonces dixo el Maestre: Señora, esto debe de ser, que este Leon quiso comer al cavallo, y sacólo aquel bocado, y como el cavallo se sintió mal herido, tiróle un par de coces, y mató al Leon. Mirando al Leon, vieron como estaba mal herido en la frente, y todos los cascós quebrados. Entonces dixo el Maestre, y los Marineros: Señora: quedaos qui, aqui yo, y todos estos Marineros irémos por el cavallo porque no tomeis tanto trabajo, y no tengais miedo de ningun animal. Ella dixo: Sea en buen hora, y ella quedó con su Doncella Persides. Estando ellas así, vieron salir una forma de animal muy grande, y fea, y denodada salió de una encina. Urracla se fue para ella, y vió que era semejanza de hombre, y llegóse las manos á

los cabellos, y tiróselos del rostro, é iba andando á gatas, afirmandose sobre las manos, y la Infanta Urracla le preguntó, qué quien era? Y él respondió, que su traydor. Ella le preguntó, que cómo havia nombre? Y respondió, que un traydor. Entonces Urracla enmudeció, que no pudo mas hablar, y estuvo un rato queda pensando en aquellas razones, que havian pasado en el Castillo de Cabezadoyre en el Palacio de Melior; y quando sacó á su cuñado el Conde Partinuplés del Palacio, havian pasado aquellas razones, que aquella animalia decia. Urracla havia embiado á saber del Conde, y dician, que era tornado loco, y se havia ido perdido, y pensó en su corazon podía ser aquel, comenzó á decir: Amigo, no te me niegues, dime quien eres, que si tu supieses quien yo soy, no me negarias tu nombre: no soy villana, porque te debas escusar, que soy hija del Emperador, y tengo una hermana Emperatriz, y á mi me llaman Urracla. Esto decia por vér si era el Conde. Y dixo-le mas: Que andaba en busca del Conde Partinuplés, al qual la Emperatriz queria perdonar. quando el Conde oyó que era Urracla, y que lo perdonaba la Emperatriz, cayó en el suelo amortecido. Entonces vió Urracla que era el Conde Partinuplés, y asentóse junto á él, y tomóle la cabeza, y pusola en su regazo, y tiróle los cabellos del rostro. Quando abrió los ojos, y la vió, comenzó de llorar, y dixo: Señora hermana, es verdad lo que decís, que mi señora la Emperatriz de hecho me quiere perdonar? Dixo Urracla, que sin duda ninguna. Luego llamó á su dencella, que viniese á ayudar á levantar á aquel hombre, y tomaronlo por los brazos, metiendolo en la Nao, y Urracla lo encomendó á Persides su doncella, que curase muy bien de él, le lavase la cabeza, y le cortase los cabellos de alrededor del rostro, que mas havia de un año que no se los havia cortado, y despues, que le diese de comer muy bien, y que fuesen cosas buenas, y muy ligeras, porque no le hiciese mal, hasta que fuese usado el estomago á las viandas. Urracla dixo al Conde Partinuplés en secreto, que á nadie dixese quien era, salvo que era un vasallo suyo, que se havia perdido en las Sierras de Ardaña, y fuese para la fuente adonde havia dexado al Maestre, y á los Marineros. Desque fue llegado, preguntóles, qué cosa era lo que havian hallado? preguntaronla, qué cosa era lo que havia hallado?

Dixeronla: Señora, hallamos el cavallo sin señor, y todo mordido en las ancas, que era ciertamente el cavallo, que havia mordido el Leon, que se havia hallado muerto, y tenia el bocado en la boca. Entonces dixo Urracla: Por qué no le traxisteis? Y ellos dixeron, que no podia andar, y lo dexaron ya muerto. Ella, y ellos se fueron á la Nao, y entrando en ella, preguntaron los Marineros á Persides: quién era aquel hombre, que así estaba tan flaco, Urracla les dixo, que era un su vasallo, que havia hallado en aquellas tierras, y que andando por la mar corriendoles fortuna, se les quebró la Nao, y se escapó en una tabla, y aportó allí con la tormenta; y Urracla mandó alzar el ancla, y velas, y que fuesen para su Castillo. Urracla, y el Conde Partinuplés departieron de todo lo que les aconteció, y al fin dixo Urracla al Conde: Que comiese, y descansase, que muy bien lo havia menester; y él dixo: Señora, haced que yo vea á la Emperatriz, y luego engordaré; y respondió Urracla: Quando la huvisteis en vuestro poder, no la supisteis guardar, y ahora sabed, que la Emperatriz no es en mi poder, que es en poder de los Reyes, y no puedo hacer mas de lo que ellos dixeren, y de este hecho no se ha de sacar, como por fuerza de armas. Contóla el hecho, y de la manera que havian concertado los Reyes del Imperio como havia de haver marido; mas que ella haria, que antes de muchos días la viese. Estando así Urracla con el Conde, supo la Emperatriz como yá era venida, y luego embió un Mensagero que fuese allá, y que dixese como los Reyes havian embiado por el mundo á llamar á los que quisiesen venir al Tornéo. Esto era por las Carnestolendas, y el Tornéo havia de ser por Pascua Florida. Y desde que Urracla vió las cartas plugóle mucho, y rogóle por el Conde, que curase de engordar, y á la Doncella Persides, que curase de él: y no fue aquella carta recibida, quando le embió otra, que viniese apriesa, que queria tomar consejo con ella en su casamiento, y luego Urracla fue allá. Desde que Persides vió ir á su Señora, rogó á Dios, que no bolviese mas al Castillo, porque estaba enamorada del Conde, y quando lo peynaba lo besaba. Y el Conde le rogó, que no le besase, ni á él llegase, que su deseo era otra, que no ella; y ella decia, que le posaba, que nunca mas pensaría de él, El dixo, que hiciese lo que por bien tuviese, y esto pensaba cada día.

CAP. XXXV. Como Urracla fue al Castillo de Cabezadoyre al llamado de la Emperatriz su hermana.

AORA bolvamos á la Emperatriz, que sabiendo que venia su hermana, huvogrande placer, que no la havia visto mucho havia, porque havia andado fuera de su mando, por el hecho del Conde Partinuplés. Y llegando cerca del Castillo, la salieron á recibir los Duques, y Condes, y otros Señores con grande alegría, y llevaronla al Palacio de la Emperatriz, y la señora la salió á recibir, y desde que la vió, la abrazó, y sentaronse en el Palacio, y contóle toda su hacienda, y que le diese consejo. Urracla con grande mancilla que hubo de ella, le dixo: Hermana, quando teniades al Conde, y os daba consejo que le perdonasedes, vos no quisisteis, sabiendo lo que entre vos, y él era pasado, y ahora me pedís consejo? Sabed, hermana, que el marido que huvieredes, vos lo hará en zaherido. Desde que esto oyó la Emperatriz, le comenzó á llorar, y quando Urracla así la vió, le dixo, que no llorase, que no lo hacia con verdad, que quando rogaba por tan hermoso Doncel, nunca ni oisteis, ni quisisteis haver piedad. Desde que esto oyó la Emperatriz, amorteciòse, y Urracla aun no se vengaba de ella, y díxola, que lo hacia con malicia, que si ella huviera amor verdadero, no perdería tal Caballero, que era uno de los mejores del Mundo, y que por no tener piedad, havia hecho perder aquel Conde. Ella hubo gran verguenza, y con estas palabras se le quebraba el corazon, y así estuvieron todo el dia departiendo de su pecho la una con la otra. A cabo de dos dias, dixo Urracla á la Emperatriz: Buano sería, que hiciesedes Cavalleros nobles en vuestra tierra, que grande honra sería para el Tornéo: pues todo el Mundo ha de venir á él. Dixo la Emperatriz: Hermana, ordenad como quisieredes, que yo seré contenta, que no tengo con quien tomar consejo, si no con vos, y no reusaré vuestro mandado. Urracla dixo: Yo ordenaré de oy en un mes, y vendré aquí con ellos quando se huviere de armar: Otro si os ruego, que adereceis un Palacio, que sea muy noble, adonde el Conde solia comer, porque está hai la silla del Emperador. La Emperatriz le respondió: Ordenad lo que quisieredes: y dixo Urracla: Ahora un año lo haciais así. La Emperatriz comenzó á suspirar, y Urracla en ver aque-

aquello se vengaba de ella por lo que havia hecho con el Conde, y no la quiso alhagar. Despues que así estuvo un rato, se fue Urracla á la Ciudad á aderezar para hacer los Cavalleros, é hizolos de esta guisa: Tomó noventa y nueve Cavalleros, para que la Emperatriz los armara, que mas honrados eran los Cavalleros, que el Emperador. ó hijo del Rey armaba, que otro ninguno. Aquellos Cavalleros, y Escuderos besaban las manos á Urracla por aquella honra. Y estos Cavalleros no sabian si eran muchos, ó pocos, porque Urracla lo decia á cada uno de por sí, por que no se publicase, y mandaba á todos se aparejasen para un dia cierto. Quando esto fue hecho, Urracla se fue para el Palacio de la Emperatriz, para despedirse de ella, y dixo como havia buscado los Escuderos, y se queria ir para su Castillo, y traerian sus paños para quando se havian de armar. Melior la abrazó, y besó, y rogó que no tardase, y respondió, que le placia.

CAP. XXXVI. *De como Urracla se bolvió á su Castillo, donde estava el Conde, y lo balló sano, y bueno.*

Urracla se partió de su hermana, y se fue para su Castillo, y quando el Conde supo que venia cerca, la salió á recibir con grande gozo. Y la primera cosa que le preguntó el Conde, le dixo si traía buen recaudo de lo que tanto le havia rogado, y encargado? y ella le dixo, que sí, y contóle de que manera; y quando lo oyó, hubo muy grande gozo: y el Conde estaba tambien pensando, que Urracla no le conocia: tan gordo estaba, y tan hermoso, y recio para qualquier hecho de armas: y Urracla desdeque así lo vió, hizole luego dar armas, y cavallo, que le pertenecia, y dióle mas una rica espada de muy gran valia. Viendose armado el Conde, hincó los hinojos en tierra, y dió gracias á Dios por tanto bien como le havia hecho sin merecerlo, y mas, que lo havia de armar Cavallero la Emperatriz su enamorada: y Urracla le dió un cavallo recio, que tenia las orejas blancas. Esto hacia Urracla por conocer al Conde en el Tornéo: y Urracla hizo aderezar sus joyas, y paños, y fuese donde estava la Emperatriz, y llevó consigo al Conde, para que la llevase de rienda, mas no porque nadie supiese quien era, y llevaba á Persides su Doncella, para que curase al Conde, y anduvieron tan-

to, que llegaron al Castillo de noche, y Urracla hizo con cordura encubrir á el Conde, porque nadie preguntase por él, y la Emperatriz no se turbase, porque no sabia si podria haver contienda en la Corte: y desdeque fueron todos en el Castillo, mandó Urracla á Persides, que tomase al Conde por la mano, y lo metiese en el Palacio, que estava en la entrada de la sala donde estava la rica silla del Emperador. Persides lo hizo así, y Urracla se fue á la Emperatriz, y quando se vieron, huvieron muy grande placer, y la Emperatriz dixo, que dixese quando se havian de armar los Cavalleros: y esto fue Jueves: Urracla dixo, que para el Domingo. Y luego se aderezó aquella sala ricamente de paños de gran valor, como pertenecia para Cortes de tan gran señora; y estando Urracla con el Conde, le dixo: Hermano, quando fuere el Sabado en la noche á los Maytines, os vestireis vuestras armas, y sereis presto, para quando entraren los otros Escuderos, que entreis tambien con ellos, y con vos son cien Cavalleros, y vereis á la Emperatriz, y por cosa ninguna no hables. Y mandó á Persides, que lo armase bien, y lo pusiese detrás de la puerta, y quando pasasen los otros Cavalleros, lo pusiese con ellos á bueltas, y á la buelta tuviesla puerta abierta, porque no se detuviese en ella. La Doncella lo hizo como su señora lo havia mandado, y Urracla fue á la Emperatriz, y toda aquella noche no hicieron sino compenar la sala do se se havia de asentar la Emperatriz para armar los Cavalleros que dicho es.

CAP. XXXVII. *Como el Conde, y otros noventa y nueve Cavalleros fueron armados por la Emperatriz.*

Quando tocaron á Maytines, vistióse la Emperatriz unos paños de purpuras, aforradas en peñas veras, y asentóse en la silla del Emperador su padre: y entrando los Cavalleros nobles, hizo la Emperatriz llamar á Urracla, para que viesse como se armaban los Cavalleros. La Doncella quando vió entrar á los Cavalleros, metió al Conde entre ellos. Y desdeque el Conde vió á la Emperatriz, tuvo grande alegría en su corazon, y Urracla levantó en pie á la Emperatriz, y como el Conde la vió tan hermosa, que las carnes le temblaban. En esto pasaron los Cavalleros á una parte de la sala, y comenzó á armarlos la Emperatriz, y quando hubo de-

llegar el Conde, bien lo conoció Urracla en la sobrevistas de las armas, y puso las manos en las espaldas Urracla al Conde, y él tomó la espada con la bayna, é hincó los hinojos ante la Emperatriz, é hincándose de rodillas, se amortecio, que huviera de caer en tierra, si no fuera por Urracla, que le dió un gran golpe en las espaldas, y se acordó de lo que le havia dicho Urracla, y tornóse derecho, baxando los ojos en tierra. Allí dixo la Emperatriz, qué huvo aquel Cavallero, que así huviera de caer? Urracla dixo: Son nuevos, y mozos, y no son usados á tomar armas, y han velado toda la noche, y están amodorridos del sueño. La Emperatriz tomó la espada de las manos del Cavallero, y ciñóse la. Así entendió el Conde que era armado Cavallero, y de las mejores manos que havia en el mundo. Y armados que fueron los Cavalleros, salieron de la sala con muchas trompetas, y atambores. Persides la Doncella esperaba que saliese a puerta abierta, y desde que el Conde huvo llegado á la puerta de Persides, lo tomó por la mano, y metiólo en el Palacio, y lo desarmó, y dióle de comer, que bien lo havia menester, porque en toda la noche durmió, esperando aquel mozo, y así estuvieron hasta que ya vino el día. Tornemos á la Emperatriz, y á Urracla su hermana, que estaba en su Consejo, como se havia de haver en el Tornéo: esto era por Pascua Florida, porque todos los arboles, y campos estaban floridos, y verdes. Y la hermosa Emperatriz dixo á Urracla: Aderezad muy bien vuestros paños, y vendreis á estar conmigo, y á todo esto nunca supo del Conde. Y despedida Urracla de la Emperatriz, fuese para el Castillo de Tenedo, y llevaba consigo al buen Conde Partinuplés, que la llevaba de rienda, y en todo el camino Urracla no hacía sino decir á el Conde, que fuese buen Cavallero, que el mas fuerte del Tornéo havia de ser Emperador, y contóle el hecho como la Emperatriz se lo havia contado, y como los Reyes Tutores lo havian ordeñado, y que se havian de librar de aquel hecho por fuerza de armas. Y él dixo, que fuese mucho en hora buena, que lo haría de buen grado, que quando fuese armado Cavallero de mano de Melior, que entendía estar fuerte como una torre. Llegaron al Castillo de Tenedo, y estuvieron ende hasta ocho dias, y en esto aderezó Urracla lo que havia menester, y dixo al Conde: Hermano, estaq aquí, é yo iré á poner recaudo en este hecho, y buscar he una buena casa do esteis,

y curad de ser buen Cavallero; y encomendóle á Dios, y á Persides, y que otro dia antes de Pascua Florida serían en él y aderezaria las sobrevistas, y despidióse de ella, y fuese para el Castillo de Cabezadoyre donde estaba la Emperatriz. Bolvamos al Conde Partinuplés, que estaba con Persides la Doncella, que estaba muy enamorada de él. Al cabo de dos dias embió el Conde un Mensagero con una carta á Urracla, se la diese con grande secreto, y la razon de la carta era, que se encomendaba en su merced, y le pedía, que si algunas mercedes le havia de hacer, que estuviese con Melior, y la dixese como estaba en su poder, pues él havia havido gran placer de la ver, que entendia que así le alegraria por saber de él. La carta fue llegada á Urracla, y después que la huvo leído, le tornó á escribir á ella, y embió por respuesta: Que los Reyes de las partidas comenzaron á venir, y todo los otros Cavalleros, y si por ventura la Emperatriz lo tal supiese, que no dexaria á él por otro ninguno, y diría todo el Mundo, que hacian burla de ellos, y el Imperio, y los Reyes serían amenguados; mas que se usasen muy bien á las armas, y que ella vendria por él, y que de otra manera no podia ser. Oído esto el Conde, dió un suspiro, diciéndole, que Dios le cumpliese sus deseos.

CAP. XXXVIII. Como un dia bolgandose en un Batel por la Mar, el buen Conde fue llevado á tierra de Moros, por la gran fuerza de cientos, y los Moros lo cautivaron.

ESTANDO así el Conde holgando por la ribera del Mar; vió un Batel, y alzó faldas en cinta, y entró en el agua, y tomó el Batel, y dixo así: Quiero entrar dentro por tomar fuerza, y hacer los brazos recios, y comenzó á remar. Y habiendo un rato remado, bolvió la cabeza á donde havia partido, y hallóse muy adentro en la Mar, é hizole tan recio viento, que le hizo perder los remos de las manos, de suerte, que se perdió en el Mar, y fue á portar á tierras de Moros en el Reyno de Hernán, el qual era Moro, y hallóse junto á la Ciudad de Damasco, que era en el Señorío del Soldán de Persia. Quando los Moros vieron aquel Batel, fueronse para él, y llevaron preso al Conde á la Ciudad de Damasco, delante del Rey Hernán. Y desde que el Rey supó que era Christiano, mandó que lo matasen y desde que el Conde oyó esto, comenzó á entristecerse, y rogó á Dios, que le perdonase.

su alma; y estando así, supolo la Reyna muger del Rey Hernán, que havia por nombre Ansies, como lo mandaba matar. Y dixerónla como era hermoso, y muy apuesto de buen cuerpo, y contaronle como se lo havian hallado. Y la Reyna se fue para el Rey Hernán, y besóle las manos, diciendole, que la hiciese merced de aquel Cavallero, y no le matase, que no hallaba Cavallero que fuese bueno, ò fuese Adalid, que luego no lo mataran. Y él, desde que vió á la Reyna su muger que se lo rogaba, hizole merced de él, que no moriría, y la Reyna se lo agradeció mucho. Luego la Reyna fue para el Cavallero, y preguntóle, si era del Imperio de Constantinopla? Y él respondió: Por cierto, señora, no, sino del Reyno de Francia. Pues en qué manera vos venisteis perdido? El respondió: Señora, yo entré en un Batel por andarme holgando por la ribera de la Mar; levantóse un torvellino, y sacóme en medio de ella, y así fue. Desde que aquello oyó la Reyna Ansies, se fue á el Rey, y dixole todo lo que havia el Cavallero dicho; y dixole: Hacedme merced, por quanto es Cavallero de Francia, que no muera, que es de tierra que no nos han hecho mal, que si fuera de otro Reyno vuestro enemigo, fuera cosa placentera, que hiciesedes justicia de él; mas pues has hecho desaguizado, ni enojo, mande V. Señoría ponerlo en prisiones, que por él os darán mucho. El Rey hizo el ruego de la Reyna, y pusieron al Conde en un silo, que era hondo, y obscuro. Bolvamos á Urracla, que desde que no halló al Conde en el Castillo, preguntó á la Doncella por él; y ella respondió, que quando le havia embiado la respuesta de la carta, que mas no le havia visto, y entendia que se havia ahogado en la Mar, é hicieron grande llanto Urracla, y Persides la Doncella. Y desde que vieron aquello, fueronse para la Emperatriz, no sabiendo del Conde si era muerto, ò vivo; y quando la Emperatriz supo que venia, hizola salir á recibir con muy grande alegría, no sabiendo la pasión que traia su hermana Urracla por Conde.

CAP. XXXIX. Como el Rey Hernán buvo de ir al Tornéo con el Soldán de Persia su Señor, y como hizo poner al Conde en su silo por miedo que no se fuese.

Bolvamos al Conde, que estaba en un silo: y esto hacia el Rey Hernán por estar seguro que no se fuese, y tenerlo bien guardado, por quanto havia havido cartas

de su Señor el Soldán de Persia, en las quales le mandaba, que havia de ir con él al Imperio de Constantinopla al Tornéo. Esto hacia el Soldán porque el Rey Hernán era frontero del Imperio de Constantinopla; y desde pocos dias pasó por allí el Soldán con diez y nueve Reyes, y mas el Rey Hernán. Y llegados al Castillo de Cabezadoyre, salieronle á recibir los dichos siete Reyes del Imperio, con otros muchos Condes, Duques, y otros Cavalleros, y Ricos-Hombres, é hicieronlo aposentar allí muy bien; y desde que fue aposentado, huvieron su Consejo el Rey Clausa, y el Rey Corsol como venia el Soldán, y que siendo él Moro, y la Emperatriz Christiana, si venciese el Tornéo, qué como casaría con la Emperatriz? Y acordaron, que preguntasen al Soldán, y le dicesen, qué era su voluntad? Y el Soldán respondió, que él havia havido una carta, que ellos se la havian embiado por los Señores para aquel Tornéo, y de aquella manera queria cumplir segun que ellos decían. Y luego hizo juramento en su ley, que si él venciese el Tornéo, que se tornaria Christiano, y los veinte Reyes que con él venían. Y desde que hubo hecho juramento, huvieron gran placer los Reyes Christianos porque era buen Cavallero.

CAP. XL. Como el Conde estando en un silo hacia grandes cuitas porque no podía ir al Tornéo; y la Reyna Ansies, de lastima que buvo de él, le dió armas, y cavallo.

PUES tornemos al Conde, que estaba en el silo, y preguntaba a los Moros, si era hecho el Tornéo, y decíanle que no; mas que venían Reyes, Condes, Ricos-Hombres, y otros muchos Cavalleros de todas partes del mundo. Estando en este silo, no sabiendo quando venía la Pascua, que havia de ser el Tornéo, preguntó un Moro á el Conde, que si algo quería, se lo dixese, que lo haría de buena gana. El Conde se lo agradeció, y le rogó, si hallase un Christiano, qualquiera que fuese, que se lo traxese; y quanto el Conde hacia, y decía, todo se lo decía el Moro á la Reyna Ansies. Y quando el Moro fue con estas nuevas á la Reyna, ella mandó á una Doncella, que fuese á llamar un Peregrino, y que lo llevase hasta la boca del silo. La Doncella lo hizo así, y fue luego á buscar á un Peregrino, y hallólo, que venía de Jerusalén, y llevólo consigo hasta el silo; y la Doncella dixo á el Peregrino: Llegaos á este silo hablará con

con vos ese Christiano. Como el Conde lo vió, le preguntó, que de adonde venía? El dixo, que venía de Jerusalén. El Conde le preguntó, qué quanto habia hasta Pascua Florida? Y el Peregrino le dixo, que doce dias. Desque esto oyó el Conde, dió un gran grito, que atronó el silo. Desque el Peregrino, y la Doncella le oyeron, se fueron á la Reyna, y le contaron como el preso daba aquellas voces. La Reyna movida de la piedad, se fue al silo con cinco de sus Doncellas, y llegóse á la boca del silo, y oyó las voces que daba, diciendo: Fuerte corazon, por qué no te quiebras? No havia persona que lo oyese, que no huviera grande compasion de él, por las lastimas que hacia, y la Reyna le pidió de gracia, que callase. El Conde la respondió, que la besaba las manos, y mas le pidió de merced, que no lo sacase de allí, y que su Señoría lo mandase luego matar. Desque la Reyna lo oyó, hubo gran duelo de él, y mandó traer una balanza, y echaronla dentro, y el Conde se metió dentro, y llegaronla hasta la misma puerta del silo, y la Reyna comenzó á hablar con el Conde, diciendole, que por qué hacia tanto sentimiento? El Conde la respondió: Por cierto, señora mia, el mayor enojo que yo tengo es, que me havia de hallar en ese Tornéo, y me veo preso. La Reyna hubo grande duelo de él, y dió un grande suspiro, porque le vió de tan gentil cuerpo, y mozo, y pensó en su corazon, que si como era Christiano, fuera Moro, que lo tomaría por su enamorado; empero por el grande duelo que de él hubo, le dixo: Christiano, si me prometiesedes de tornar del Tornéo antes que el Rey mi marido venga, yo os sacaría luego de haí. Dixola el Conde: Qué monta, señora, que me saqueis de aquí, que no tengo armas, ni cavallo? Dixo la Reyna: Yo os daré armas, y cavallo, que yo tengo en mi Palácio las armas que eran de mi padre el Rey, que era tan alto como vos, y mientras aderezaís las armas, yo os aderezaré las sobrevistas. Desque aquesto oyó el Conde Partinuplés, la dixo: Señora, yo prometo de lo hacer como pedís. De allí fue luego la Reyna, y mandó traer al dicho Peregrino, que allí havia venido, para que le tomase el pleyto omenage, segun los Christianos. El Conde juró muy cumplidamente de lo tener, y el Conde se vió fuera, echose á los pies de la Reyna, y fueselos á besar, y pidióla por merced, que le despachase, porque se acortaba el tiempo. La Reyna le mandó luego dar todas las armas, y pusieronlas,

y vinieronle tan buenas, como si para él se hicieran. Luego le mandó dar un cavallo, que fuese todo blanco, y en todo esto se pasaron quatro dias. Y quando la Reyna lo vió armado, y á cavallo, le dixo: Si vuestra ventura fuese tanta, y tan grande, que pudieses cobrar una espada, que está aquí en la Ciudad en la Mezquita mayor, es la mejor del Mundo, y esta espada tiene un Cavallero Christiano, que allí está enterrado, el qual ganó esta tierra, y despues los Reyes Moros no han podido cobrarla, y tanto ha hecho el Soldán por ella, que no se puede pensar, que así como llegan á la tumba, caen subitamente en el suelo, y les dá grande frio, y calentura, y por esto no osan llegar á la espada; y pues sois vos Christiano, llegaos, y plegue á Dios que sea vuestra, que como tengo dicho, es la mejor del Mundo: y fueronse para la tumba, é hincó el buen Conde ambas rodillas en tierra, y dixo: O buen Cavallero! ruegote, y pido por merced, que me des esa espada, que yo te prometo de nunca ser cobarde con ella, y de ello te hago pleyto omenage. Y dichas estas palabras, levantóse en pie, y dixo á la Reyna: V. Señoría tome aquel cabo, y yo tomaré de este, y con el ayuda de Dios alzarémos esta pesada tumba. La Reyna no osaba llegar por lo que otras veces havia visto á los Moros, que como llegaban, caian. Y dixo la noble Reyna al Conde: Tomad vos primero, y de la manera que vos hiciereis, haré yo. El Conde echó mano del cobertor, y dixo á la Reyna: Tome agora V. Señoría de estotra parte, y quando el Conde, vió que no caian quedó muy maravillado, y la Reyna mucho mas. Y la Reyna llegó en son de escarnio, diciendo, que muchas veces havia visto llegar á muchos Moros, y no havían podido alzar la cobertura con ingenios, ni con otras muchas invenciones con que se pudiese alzar, y que ellos dos no podrían. Y desque pusieron las manos en ella, la levantaron, como si fuera delgada tabla; y puesta en tierra, el Conde llegó á el Cavallero, que estaba en la tumba, y besóle la mano, y le pidió por merced, que le diese aquella espada. El Conde la tomó de la mano de aquel Cavallero, y pusola sobre el arzon. La Reyna, y el Conde fueron á poner la tumba; y esto hecho, dixo la Reyna al Conde: Por cierto, Cavallero, que si aquí estuviera el Rey, no llevarias la espada. Y el Conde dixo: Señora, pídoot por merced, que no le conteis mi buena ventura. Y salieron luego de la Mezquita.

CAP. XLI. *De como el Conde armado de todas armas iba al Tornéo, y ballò en el camino un Cavallero Moro, que iba para ballà, y fueron ambos en compañía.*

EL Conde hizo luego aderezar su cavallo, y armas, y cavalgó, y no curó de almorzar, y por miedo no le tomase la Reyna la espada, y porque el plazo del Tornéo se acercaba, que no havia mas de quatro dias hasta la Pascua Florida, y anduvo tres dias, que no comió si no yervas, porque no hallò poblado ninguno, ni llevaba dineros: el cavallo lo pasó mejor, porque comia buena yerva; y al cabo de tres dias que así anduvo perdido, yendo á ojo por las Sierras de Constantinopla, halló un camino angosto, y alzò las manos al Cielo por haver hallado camino por do fuese, y tanta era la hambre que llevaba, que no podia llevar el yelmo puesto en la cabeza, y llevandolo en alzòn delantero, é ibase de pechos encima de él. Y yendo así, viò venir un Cavallero por otro camino, y aquel camino por do iba salía al camino del Castillo de Cabezadoyre. Y aquel Cavallero llevaba tres Pages, y dos Acemillas, en la una llevaba su tienda, y en la otra su mantenimiento. Y este era Cavallero Moro, y se llamaba Guadin el Rubio, y el camino que aquel Cavallero traía, daba derechamente en el mismo camino por donde el Conde venía. Como el Moro lo viò anduvo quanto pudo, de manera, que se encontraron, y saludaron, y Guadin le preguntó, si era Moro, ó Christiano? Y el Conde le dixo, que era Christiano; y preguntóle, que cómo havia nombre? y él respondió, que no lo diria, que havia recelo que lo descubriese. Y Guadin dixo, que si alguno le habrá hecho algun mal, que lo vengaria. El Conde respondió, que facil era su pesar, y vengar, que supiese de cierto, que venia al Tornéo, y havia nombre Partinuplés. Desque aquello oyó Guadin, dixo, que es cierto, amigo, que yo quiero ser compañero vuestro, porque yo he oído de vos muy buenas cosas. Así dixo el Conde: Cómo seré yo vuestro compañero, que no llevo mas de esto que veis, ni dinero para la despesa? Y Guadin le dixo, que harto llevaba él para los dos. El Conde le dixo, que havia tres dias que havia partido de la Ciudad de Damasco, y que en todos aquellos dias no havia comido sino de las yervas del campo. Desque esto oyó Guadin, embió á gran prisa un Page, que hiciese detener las

Acemillas, y el Page fue muy presto, y las hizo detener, y Guadin, y el Conde llegaron hasta donde estaban ellos, é hizo sacar muchas viandas de las que llevaba para comer en el Tornéo, y mucho pan, y buen vino, y dióle de comer hasta que fue contento. Despues que hubieron comido, rogó Guadin al Conde, que le dixese, si era sobrino del Rey de Francia, porque avia otro que se llamaba Partinuplés? El respondió, que se lo diria, como le prometiese no descubrirlo hasta que él lo mandase. Guadin dixo, que le placia: y luego le tomó juramento en su ley. Entonces dixo el Conde, Yo soy Partinuplés el que decias. Desque lo oyó Guadin, hubo gran placer, y dixo en su corazon, que se hallaba el mas bienaventurado hombre de todo el Mundo en ser su compañero, y fuese para el Conde, y besóle en la cabeza, y dixo: Por cierto, Señor, el mi corazon me dice, que debéis ser muy buen Cavallero. Y así fueron ambos á dos ácia una muy grande sierra, que era cerca del Castillo de Cabezadoyre, y allí pusieron su tienda, y se holgaron aquella noche, y hubieron mucho placer; y otro dia de mañana embió Guadin dos Pages á la Ciudad de Cabezadoyre, por muchas viandas de las mejores que se hallasen para su compañero, y tan alegre, y contento estaba con el Conde, como si tuviera todo el Mundo consigo. Desque el Conde se levantó, le hizo dar aguamanos, y luego almorzaron de unos Ansarones en cecina, que Guadin llevaba para sí, y así holgaron; y otro dia de mañana rogó el Conde á Guadin, que embiase un Page al Alva, que viese como se ordenaba el Tornéo, y el Page subió en un cavallo, y fué al Castillo, y viò estar sillas en un cadahalso, de manera muy alto, que parecia un Castillo. El Page preguntó, que para qué se hacia aquello? Y los que lo hacian, dixerón, que era para la Emperatriz, y su hermana, y las Doncellas, y las sillas para los Reyes del Imperio, que havian de juzgar el mejor Cavallero, que fuese en el Tornéo. El Page bolvió, y les contó todo como lo dixerón.

CAP. XLII. *De como el Conde, y su compañero Guadin se armaron para ir al Tornéo.*

GUadin dixo al Conde: Pareceme, señor, que seamos de los primeros, porque estos, y los postreros son mas mirados. El Conde dixo, que le placia de buena

voluntad, y luego armò Guadin al Conde, y los Pages armaron á Guadin, y salieron en sus buenos cavallos, y oyeron tañer trompetas, y entonces era, que salia la Emperatriz de la Ciudad para ir al cadahalso con sus siete Reyes, y llevabanla del brazo los Reyes sus Tutores, y subieronla en el cadahalso á ella, á su hermana, y á sus Doncellas. Desde que fueron subidas, fueronse los Reyes á asentar en sus sillas cerca de la Emperatriz, y luego los Reyes mandaron pregonar, que todas las gentes del campo, así Christianos, como Moros, que quisiesen Tornear, que bien podían andar salvos, y seguros, que tampoco les sería demandados retos, ni muertes, ni otras cosas, aunque matasen, ó hiriesen, ó atropellasen; y que el mejor Cavallero que fuese en el Tornéo, fuese Emperador, si combatiere, y quedase por él, el campo en todo el tiempo que tornease: y acabado el pregon, asomaron el Conde, y Guadin por encima de un cabezon, y ellos fueron los dos primeros, y miròlos el Rey Corsol, y miró mucho al Conde como venia en cavallo armado todo de blanco, con hojas de plata, y dixo el Rey Corsol: Por buena fé, que este Cavallero de las armas blancas muy á punto viene, yo pararé mientras en él, por vér como lo hace en el Tornéo. Dixo el Rey Clausa: Ciertó yo, que no se hallen tan bueno como el Soldán de Persia. El Rey Corsol dixo: Yo sé que ay buenos Cavalleros. Esto decia el Rey Corsol, porque era de su vando el Conde. En esto el Rey Clausa hizo al Soldán que estuviese debaxo del cadahalso, donde estaba la Emperatriz, porque entendia, que no havia otro tan bueno como él, y que él llevaria lo mejor.

CAP. XLIII. Como el Conde iba por el campo mirando á todos los Cavalleros, y de la manera que comenzaron á tornzar.

TOrnemos al Conde, que andaba por todo el campo mirando como havia de comenzar á tornzar: preguntò, que quales eran los unos, y quales eran los otros? Y supo donde estaba el Rey de Francia su tio, el qual estaba en unos arenales, y comenzòle á maldecir, por el mal que le havia hecho, y no le quiso ir á hablar de el enojo que tenia: y preguntòles á unos Franceses por el Rey de Francia, y le dixerón, que era ya muerto, y que á su hijo tenían ya por el Rey. Y dixo el Conde: Ese Rey es mi primo. Luego preguntò á un Cavallero, que quanto havia de durar el Tor-

néo? y respondió, que duraria quatro dias. Y preguntòle mas, que quién era el Cavallero que estaba debaxo del cadahalso? Respondiòle, que era el Soldán de Persia. Y dixole el Conde: Si yo puedo, en mal punto hizo allí su morada: y luego tomó su lanza, y fuese á poner frontero del Soldán; mas quando el Soldán lo vió estar delante de él, dixerón los Cavalleros, que con él estaban: Aquel Cavallero, como está tan armado, y tan orgulloso, está esperando justa. Y dixo el Soldán: Yo quiero ir á él. Y luego los Reyes Moros armaron á el Soldán, y luego subió encima de su cavallo, y paròse á la puerta del cadahalso, y viendole Guadin, dixo al Conde: Pareceme, señor, que se apareja para justa el Soldán. El Conde respondiò: Eso es lo que espero. Dixo Guadin: Señor, no es cordura pelear con tan grande poder, que si el Soldán lo pasa mal, los otros Reyes le ayudarán. Respondiò el Conde: Si Dios me quiere ayudar, no he de menester otra ayuda. Luego se partiò Guadin, y el Soldán, y el Conde se fueron el uno para el otro, y se dieron tan fuerte encuentro, que las lanzas volaron en piezas, y luego metieron mano á las espadas, y se dieron tan grandes golpes, que las centellas de los yelmos hacian salir, y tan grande priesa le daba el Conde, que el brazo no le dexaba alzar. Allí dixo el Rey Corsol al Rey Clausa: Mirad Rey, lo que el mi Cavallero de las armas blancas ha hecho, y hace. Tanto duró el Conde con el Soldán, que el Soldán no lo pudo sufrir, y bolviendo las riendas al cavallo, comenzó á huír á la posada, y el Conde hirió en él, hasta que le metió por las puertas ante sus Cavalleros. Y dixo el Rey Corsol: Veis que bien lo ha hecho el Cavallero de las armas blancas? Respondiò el Rey Clausa: Oy es el primer dia, y se cansará, que muy buen Cavallero es el Soldán. Respondiò el Rey Corsol: Ciertó, si así lo hace el postrer dia como oy, yo le daré por el mejor Cavallero de el Mundo. Ellos estando en esto, salieron al Conde tres mil á cavallo de los del Soldán, y cercaronle, y comenzaronle á herirle tan fuertemente, que el Rey Corsol tenía gran cuita de él; mas el Conde era tal, que al que alcanzaba, le hacia caer del cavallo en tierra. Quando lo vió Guadin andar en tal priesa, puso su yelmo en la cabeza, y con la lanza en la mano se fue quanto el cavallo lo pudo llevar, y diò, y cortò por medio de los Moros, y combatió con ellos hasta que sa-

cò á su compañero. fueronse luego para el lugar donde havian salido , y estando descansando un rato , demandó el Cavallero de las armas blancas una muy gruesa lanza , y estu vose esperando justar á quien á él saliese. Entonces dixo el Rey Corsol á grandes voces , y de tal manera , que todos los Reyes lo oían: Mirad, señor, qué Cavallero tan recio , y valiente , que agora escapó de tan grande fortuna, y está esperando justa. Y respondió el otro Rey: Oy es el primero dia. Este fue el Rey Clausa , que dixo esto , de manera , que sería cansado , y que los otros dias que quedaban no podia hacer cosa alguna ; mas el Soldán , es tan buen Cavallero , y tan noble , que el primero dia , y el segundo , y el tercero llevará lo mejor. Ellos estando en estas razones , vió el de las armas blancas como torneaban en el campo , y llevaban los Aragoneses , y Sicilianos los Españoles por una cuesta arriba , y preguntóle el Conde Partinuplés á un Page , quien eran aquellos que tan mal lo pasaban ? Respondió el Page: Son los Españoles. Y dixole el Conde á Guadin: Hermano , vamos á ayudarles , que buenos me fueron, y como leales sirvieron quando fue conquistado el Rey de Francia. Guadin le dixo , que le placía de grado. El Conde sabia el apellido de España , y dixole , que dixese Santiago , porque pensasen que eran Españoles , y los Franceses pensasen , que eran Christianos , y dieron de las espuelas á sus buenos cavallos , y fueron á herir en los Aragoneses , y Sicilianos muy fuertemente , nombrando ambos á dos á Santiago , y á San Jayme. Desde los Españoles vieron , que aquellos dos buenos Cavalleros les ayudaban tanto , tuvieron tan grande placer , que era maravilla , y mejor lo hacía el Cavallero de las armas blancas , que al que ante sí topaba , le hacía caer en tierra , de tal suerte , y manera , que huvieron de tomar los Españoles sobre sí á dár en los otros , con el ayuda de los dos buenos Cavalleros , de manera , que los metieron en una floresta muy grande , y mataron muchos. Quando esto se hubo hecho , vino el Capitan de los Españoles á el Cavallero de las armas blancas , y dióle tantas gracias por tanto bien como les havia hecho , y rogóle mucho le dixese su nombre. El Conde habló en otro language , segun que lo havia deprendido en Damasco el tiempo que fue cautivo. Y Guadin le dixo á el Capitan , que no procurase en saber su nombre , ni de qué tierra fuese , porque

su voluntad era de nunca lo decir. Luego el Capitan le dixo : Sed seguro , señor , que en lo que yo puidiere os ayudaré , aora sepa vuestro nombre , ó no. Y a todo esto muy bien miraba el Rey Corsol , quando lo via andar en aquellas batallas , todo lo decía á los otros Reyes , que con él estaban: Catad á el Cavallero de las armas blancas , y tan bien como lo hace. Respondió el Rey Clausa : Por cierto buen Cavallero es el gran Soldán de Persia , y luego se partieron el Conde Partinuplés , y su compañero Guadin , y fueronse luego por el campo adelante. El Conde Partinuplés se fue á parar enfrente del Cadahalso , que grande pesar tenia porque alli estaba su enemigo el Soldán , y desde lo vió su compañero Guadin , dixo : Hermano mio vamos adelante , á qué os parais ? No visteis el aprieto en que nos vimos oy de mañana ? El Conde Partinuplés le dixo , que le pluguiese de lo dexar alli un rato , que quando alli se paraba , le parecia que era tan fuerte como una torre : y desde hubo dicho estas palabras , tomó una gruesa lanza á un Page , y fuese enfrente del cadahalso. Y desde alli lo vieron los Reyes , maravillaronse mucho , y el Soldán quando lo vió , demandó sus armas , y luego fue muy prestamente armado , y cavalgó en un buen cavallo , y salió fuera del cadahalso , y quando lo vió Guadin , dixo á su compañero el Conde : En buen hora os parasteis aí , que ya se adereza el Soldán de Persia para la justa , mas valiera que nos fuéramos adelante : recelo tengo , y grande , de que nos hemos de vér en grande aprieto , como esta mañana. Y estando en esto salió el Soldán de Persia muy bien aderezado , y tomó una lanza , que parecia una entena. El Soldán havia hablado yá con sus Cavalleros , que si le derribáse el Cavallero de las armas blancas , que saliesen , y luego le matasen , por la deshonor que le havia hecho. Y así se guiaron ambos á dos: luego , el Conde , y el Soldán de Persia hicieron señas para venirse el uno para el otro , y dixeronse venir el uno para el otro tan reciamente , quanto la fuerza de los cavallos los pudieron llevar , y su compañero Guadin se puso muy presto su yelmo , diciendo así á grandes voces : Que mal havia de venir aquella conseja , por quanto havia de la otra parte muchos Cavalleros para ayudar á el Soldán , y su compañero el Conde no tenía si no á él. En esto se dieron muy recios encuen-

tros,

tros, y dió el Soldán de Persia al Cavallero de las armas blancas un golpe por encima de la targia, que se la pasó, mas fue á el soslayo; El Conde Partinuplés le dió otro golpe, que dió con él en tierra del cavallo abaxo: y desde fue entierra el Soldán, ibasele el cavallo, y el Conde dió en pos de él, traxolo donde estaba el Soldán, y ayudóle á cavalgar. De esto le pesó á Guadin, porque vió que se aderezaban los Cavalleros del Soldán de Persia para venir contra el Conde Partinuplés, y luego Guadin dió de espuelas á su cavallo; y quando llegó no era el Conde Partinuplés montado en su cavallo, por quanto havia ayudado á cavalgar al Soldán; y comenzaban á dar los Cavalleros del Soldán de Persia en el Conde, y Guadin entró entre los Moros muy avisadamente, matando, é hiriendo en ellos. Mientras esto fue, cavalgó el Conde Partinuplés, y el Soldán tomó tanto pesar, que con la espada en la mano fue para los suyos, diciendo: Que pues el Cavallero lo havia hecho muy bien con él, que no merecia ningun mal. El Conde, y su compañero se bolvieron para el lugar donde havian partido para ir al Torneo. El Conde Partinuplés tomó otra gruesa lanza en la mano, y procuró escoger la mas recia que pudo, y luego fue á esperar justa, y mirólo el Rey Corsol, y dixo á los otros Reyes, Duques, y Condes, y Ricos-Hombres: Mirad quan bien lo ha hecho aquel Cavallero de las armas blancas, que ahora se escapó de la justa, y fue galopeando como visteis, y ya está esperando justa, que aun no está cansado, y demás de esto, hizo muy notable cortesía en derribar á su contrario, y traerle el cavallo, y demás de eso ayudarle á cavalgar. Respondió el Rey Clausa: Sea en hora buena, que tres dias ha de tornear, que aun oy es el primero dia, y mañana será tan cansado, que nose pueda levantar, ni menear. El Soldán es tan valiente, y recio, y tan poderoso, que bien le podrá soportar. Estando en estas razones, tañeron luego á visperas. El Rey Corsol, y el Rey Clausa mandaron tañer las trompetas, y ministriles, que ya era hora de dexar el Torneo, porque asi era puesto por los Reyes, y Juezes, que en aquel tiempo dexasen de tornear; y luego los Soldanes, y los Reyes, Duques, Condes, Marqueses, Maestres de Ordenes, Cavalleros, y Ricos-Hombres se fueron para las tiendas, y el Soldán de Persia estuvo quedo debaxo del cadahalso, y el Conde Partinu-

plés mirandolos; y dixo Guadin al buen Conde: Ved, señor, que se ván los otros Cavalleros, y vos estais quedo? Y respondió el valiente Conde: Qué importa? Y Guadin dixo: Señor, si asi lo haceis el segundo dia, y el tercero, como el primero, yo os doy por el mejor Cavallero del Torneo. Hasta aqui os he llamado compañero, y de aqui adelante os quiero llamar Señor; y en este tiempo no havia ninguna gente, y ellos se estaban quedos. Desde vieron que asi estaba el campo, y que ya no havia persona ninguna, bolvieron riendas, fueronse, y si hermosos continentes traxeron, muy mas hermosos los bolvieron. Y el Rey Corsol dixo á los otros Reyes: Veis qué continente llevan aquellos Cavalleros, que ellos fueron los primeros, y tambien son los postreros! Y dixerón los cinco Reyes, que muy bien lo havia hecho. Respondió el Rey Clausa: Por cierto, mucho mas bien lo havia hecho el Soldán de Persia con el de Babyloonia, y que dos veces lo ha derrivado. Y dixo el Rey Corsol: Uno por uno, no ha entrado mejor Cavallero, que el de las armas blancas; y luego se fueron, y llevaron á la Emperatriz á la Ciudad con muchas trompetas, y otros muchos instrumentos.

CAP. XLIV. *De como acabado el Torneo del primero dia se fueron el Conde, y Guadin á sus tiendas, y como se hizo el Torneo despues el segundo dia.*

EL Conde, y su compañero Guadin se fueron para sus tiendas, y hallaron muy bien puestas las mesas, y muy bien guisado de comer, que bien trabajados estaban, y muy bien lo havian menester; y como fueron llegados á las tiendas, descavalgaron ambos á dos, y quitaronle las espuelas, y los desarmaron: luego les traxeron su aguamano, asentaronse á cenar, y como el buen Conde comía, asi dormía; pero esto no era maravilla, que muy grande trabajo havia pasado este dia; y como Guadin veía que todo se estaba durmiendo, le decía: Señor, recordad, y comed, y despues podeis dormir. Hasta allí le solia llamar compañero, y desde allí adelante le llamaba señor. Desde huvieron comido, dixo Guadin al Conde: Levantaos, señor, y vamos á dormir, y seamos mañana de los primeros, queriendo Dios. Dixo el Conde, que le placia muy mucho de ello; y otro dia á la hora del Alva se levantó Guadin, y dexó muy bien dur-

durmiendo al Conde Partinuplés; y luego hizo de almorzar muy prestamente; y desque todo fue guisado, y aderezado, hizo poner las mesas, y fue para el Conde, y comenzóle de llamar, y dixo: Señor, levantaos, que quien bien comienza, ha de dár buen fin á las cosas que comienza. El Conde estaba tan trabajado, que no podía recordar, y Guadin le hacia tales juegos, que le hizo recordar, y dieronle sus vestidos, y vistióse luego, y dieronle sus armas, y Guadin le armó, y los Pages armaron á Guadin, y luego se fueron á almorzar; y desque huvieron almorzado, cavallgaron en sus cavallos, y tomaron crianzas, y luego el Conde Partinuplés se puso el yelmo, porque yendo, ni viniendo no le conociese ninguna persona; y luego Guadin mandó á su gente, que no dixesen quien era, que así le era mandado: y Guadin iba sin yelmo, que nunca lo llevaba puesto en la cabeza, si no quando era menester; y todos los Cavalleros miraban al Conde Partinuplés, porque siempre lo traían delante de los ojos, y le llamaban el Cavallero recio. Y el Conde Partinuplés hacia esto, porque nadie pudiese saber quien fuese. Mas así ellos andando por su camino, oyeron tañer musica de trompetas, y era, que sacaban á la Emperatriz de la Ciudad, y la llevaban á el cadahalso, y los primeros que parecieron en el campo eran los dos buenos Cavalleros: y desque fue llegada la Emperatriz, y los otros Reyes subidos en el cadahalso, luego miró el Rey Corsol quando havia de venir el Cavallero de las armas blancas, mas quando lo vió venir por el campo, les dixo luego á los otros seis Reyes sus compañeros: Mirad, hermanos, qué hermoso donayere que trae aquel Cavallero de las armas blancas, que parece que ayer no hizo cosa ninguna, y es siempre el primero en el Tornéo. Y el Conde Partinuplés anduvo en el Tornéo; y dixole Guadin: Señor, vamos mas adelante, que bien hallarémos con quien justar. Y dixo el Conde Partinuplés: Esperemos un poco, que quiero mirar á la Señora Emperatriz. Esto hacia el Conde Partinuplés porque saliese el Soldán de Persia, porque lo tenía por enemigo mortal, porque havia tomado aquel lugar debaxo del cadahalso por posada. Estando ellos en aquestas razones, vieron asomar por encima de la puerta del cadahalso una lanza con un pendoncillo muy ricamente aderezado, que el Soldán de

Persia lo hizo poner en la lanza para justar con el Cavallero de las armas blancas. Mas desque Guadin vió que se aderezaba el Soldán de Persia para la justa, dixo al Conde Partinuplés: Señor, vamos de aqui, que es tarde, que el Soldán se adereza para la justa. El buen Conde le respondió: Hermano, y compañero, dexadme ver quien es aquel Cavallero que trae el pendon bordado, y él no hacia sino por estar embuelto con el Soldán de Persia, que muy deseado lo tenía, y fuese el Conde paso entre paso por todo el campo adelante. Desque vió el Soldán que así se venía el Cavallero de las armas blancas, demandó de muy grande prisa que le enlazasen el yelmo, que presto, salió aína. Y de que esto oyó Guadin, tomó el yelmo, que lo traían en el arzón delantero, y pusoselo en la cabeza, y dixo a un Page, que se la alcanzase, que menester le hacia el aparejarse, porque si el Soldán lo pasaba mal, menester havia ayuda su señor el Conde. En todo aqueste tiempo ninguno de los otros Cavalleros eran levantados de sus camas, y por eso los tenían por buenos Cavalleros, porque eran primeros, y postreros. Quando vió el Soldán de Persia que lo estaba esperando, tomó su gruesa lanza en la mano, y tenía mas de quatrocientos Cavalleros junto a sí armados todos, y en el campo no parecían otros, si no el Capitan de los Españoles. Quando vió el Conde Partinuplés que así estaba el Soldán de Persia tan bien apercebido, y estaba el Capitan como dicho havemos, y como vido que así estaba el Soldán, mandó el Capitan que se armasen todos sus Cavalleros, y dixoles: Vamos á ayudar, y ver justa del mejor Cavallero de todo el Mundo, que ya veis que quiere justar el Conde Partinuplés, y el Soldán de Persia; y si huviere menester ayuda, sed con Guadin su compañero. Ellos dixeron que les placía de grado. Estando en esto vieron venir los Cavalleros el uno para el otro, y dieronse tan feroces encueytros, y dió el Conde Partinuplés á el Soldán de Persia por medio de la targia, que lo levantó de la silla, y lo echó en las ancas del cavallo, y la lanza del Soldán de Persia pasó por debaxo del brazo del Conde, y el Conde tiró reciamente de ella, y se la tomó á el Soldán con el pendon bordado, y pasó adelante con grande gozo, y de esto se holgaron los Españoles, y mucho mas el Rey Corsol. Y como tomó el Conde

la lanza del pendon, se fue derecho para el cadahalso donde estaba la Emperatriz, y dixo así: Señora, tomad esta lanza en amor de caridad, que en mal punto vi vuestros amores. La Emperatriz tomó la lanza, y la subió arriba, y mirando todas las gentes, que por qué la havia tomado, y como ella vió que todos la miraban, tuvo grande verguenza. que si no fuera mal contado, tomara la lanza, y la echára del cadahalso abaxo; y como vieron Guadin, y los otros Cavalleros, que el Conde havia dado la lanza á la Emperatriz, tuvieronlo á mal, porque si otra gente qualquiera viniera contra él, se pudiera defender con ella; y estando en estas razones, salieron de las tiendas del Soldán de Persia hasta quinientos de á cavallo, y comenzaron á ir en pos del Conde. Quando esto vió Guadin, dixo á el Capitan de los Españoles: Vamos á ayudar al buen Cavallero. Los Españoles eran como trescientos, y de los Moros quinientos. El Conde se defendió muy bien, y en esto llegaron Guadin, y los Españoles, y luego comenzaron de dar en los Moros, que era cosa de pensar, de que Rey Corsol havia grande placer, y miraba al Conde como andaba entre los Moros hiriendo, y matando, de tal manera, que los metieron por el cadahalso. De todo esto havia grande placer el Rey Corsol, porque tan bien lo havia hecho el Cavallero de las armas blancas, y á todos tiempos decía este Rey, que lo hacia bien: y fueronse el Conde, y Guadin, y los Españoles para el lugar donde havian partido, y los Españoles se despidieron del Conde, y de Guadin. Y ellos estando en estas palabras, dixole Urracla á la Emperatriz: Señora mia, me quiero partir de aquí, que me siento indispueta. La Emperatriz le dixo que se fuese en buen hora, y que no tardase. Y Urracla tomó á Persides su Doncella consigo, y fueronse ambas á dos al cabo del cadahalso, y dixo Urracla á Persides: No paraste mientes en lo que dixo aquel Cavallero á mi hermana, quando le dió la lanza con el pendon bordado? Respondió Persides: Bien se lo que vuestra merced me dice, y no paré mientes en las palabras. Urracla dixo: Yo las oí muy bien, el corazon me dá, que es el Conde Partinuplés mi cuñado. Y dixo Persides: Pluguiése á Dios, que fuese él. La Emperatriz bolvió el rostro ácia la hermana, y vióla que lloraba muy mucho, y dixo á los Reyes: Señores, perdonadme, que se

siente muy enferma mi hermana, y la quiero ir luego á vér. Y dixerón los Reyes, que fuese en hora buena su Señoria. Y se fue donde estaba su hermana Urracla, y Urracla se levantó á ella, y le preguntó la Emperatriz, que como estaba así llorando? Urracla con muchas lagrimas le respondió, que la perdonase, y se lo dirá todo. Y la Emperatriz le dixo estas palabras: Hermana, en este tiempo como me haveis de decir esas cosas, que yo no siento que vos me huviesedes hecho pesar ninguno, y aun que lo huvierades hecho, fuerades perdonada. Y desdeque esto oyó Urracla, dixo: Creed, hermana, que yo, y Persides, mi Doncella, tuvimos al Conde en nuestro poder, y vos lo armasteis Cavallero, quando armasteis á los demás Cavalleros nobles. Acuerdeseos quando preguntasteis, que qué tenía aquel Cavallero? Y dixe yo, que no era maravilla, que eran mancebos, y no estaban usados á las armas, y que por eso caían en tierra? Y respondió luego la Emperatriz: Bien me acuerdo. Dixo Urracla: Pues éste era el Conde Partinuplés; y contóle lo que el buen Conde havia pasado en las Sierras de Ardeña, y como andaba por allí en manera de animalia. Y como oyó esto la señora Emperatriz, de su estado cayó en el suelo amortecida, y todas las otras Doncellas huvieron muy grande pesadumbre, pensando que los Reyes miraban ácia aquel lugar donde estaba su Alteza. Quando la Emperatriz hubo tornado en sí, fuese para su hermana, y comenzóla de abrazar, llorando de sus ojos, y decir así: Ay, mi hermana! por qué no me lo dixisteis quando lo armé Cavallero? Urracla le dixo: Cierito, señora, que huviera grande question entre los Reyes, y Cavalleros de todo el Mundo, que vos penarades, y padecierades muy grande verguenza, y deshonor, y pasarades muy grande trabajo. Lo otro os hizo penar, por aquel que por vos así anduvo en las fragosas Sierras de Ardeña. Luego la Emperatriz tomó á Urracla por la mano, y dixo: Hermana, pluguiése á mi Dios, que aquel Cavallero de las armas blancas fuese el que yo amo, y no menos el Rey Corsol. Muy grande placer havia la Emperatriz, porque tenía de su vando á el Rey Corsol: y estando así mirando á donde venia el Caballero de las armas blancas, y vióle estar con su compañero Guadin. Y dixo la Emperatriz á su hermana, que preguntase á el Rey Corsol, quien era

era aquel Cavallero que estaba con el Cavallero de las armas blancas? El Rey Corsol respondió, que Guadin havia por nombre, y que era Moro; mas que él no sabía quién era el otro Cavallero, ni de qué Reyno fuese, y que muchas veces havia embiado á saber su nombre, y quién era, y siempre lo negaba; mas que si Dios le daba salud, que otro día haría por lo saberlo. Y tornó Urracla con la respuesta á la Emperatriz, que todavia no dexaba de mirar á el Cavallero de las armas blancas; y mientras ellos estaban en esto, todos los Cavalleros mientras ayuntados estaban, no hacían si no tornear. Y estando ellos así, tardaron á Visperas, y luego se levantó el Rey Corsol, y el Rey Clausa, y mandaron tocar las trompetas, y arabales, y luego cesaron el Tornéo. Todos se fueron luego á sus posadas á descansar, que bien les hacía menester, y no se fue del campo el Cavallero de las armas blancas, hasta que todos los Cavalleros que estaban allí se huvieron ido: y quando él vió que persona ninguna ya no parecía en el campo, bolvieron las riendas de los cavallos, y fueronse para sus tiendas, y el Rey Corsol los miraba como iban con tan buenos brios; y dixo á los otros Reyes: Mirad que paseo lleva el de las armas blancas; respondiendo ellos: Se seguro, que se puede llamar el mejor Cavallero del Mundo. Dixo el Rey Clausa, bueno es el Soldán. Y luego tocaron las trompetas, y llevaron á la Emperatriz á su Palacio.

CAP. XLV. Como acabado el Tornéo el segundo dia, cada uno se fue para su posada hasta la mañana, y cómo se hizo el tercer dia el Tornéo.

Bolvamos ahora á Guadin, y de como le llamaba señor al Conde, y le besaba las manos, y en la mesa le servía con muy grande alegría, porque bien entendía que tenía por compañero al mejor Cavallero del Mundo: y despues que huvieron cenado, se fueron á descansar, y Guadin dixo á el Conde: Señor Cavallero, pues que los dos dias lo haveis hecho bien, el tercero no veyá á menos, porque será aquel día de la determinación del Tornéo. Bolvamos á el Rey Hernán, que estaba en la tienda del Soldán, y le pedía de merced, que le dexase justar con aquel Cavallero de las armas blancas. Respondió el Soldán, que á él le placía de hacerlo de

buen grado; mas que parase mientes, que el Cavallero de las armas blancas, que era uno de los mejores Cavalleros que havia en el Mundo. Respondió el Rey Hernán: Por cierto, señor, yo he tan grande pesar de vuestra deshonra, que es cosa de pensar, ó yo moriré, ó yo os vengaré. Allí dixo el Soldán: Haced como Alá, y Mahoma os ayuden. A otro día por la mañana se levantó Guadin á la hora de Maytines, y llamó á su compañía, y mandó guisar de almorzar, y quando fue el Alva, las mesas fueron puestas, y Guadin llamó á el Conde, que estaba durmiendo, y comenzolo á llamar á voces, de manera, que no lo podía meter en acuerdo, y esto no era maravilla, segun el trabajo que ha havia pasado: mas desde que vió que no recordaba, tirábale de las piernas, y de los brazos; y en fin, tanto hizo, que lo metió en acuerdo, y luego le dieron de vestir, y aguamanos, de todo fue servido con mucha puntualidad, y vistieronle sus armas, y despues de armados se asentaron á almorzar, y despues de almorzados, subieron en sus cavallos, y tomaron sus lanzas en las manos, y consigo los Pages, y Guadin puso á el Conde su yelmo en la cabeza, y enlazólo bien, y fueron por el Ocaro arriba, y oyeron tocar trompetas, y entonces sacaban á la Emperatriz de la Ciudad, y llevabanla al mirador del cadahalso. El Rey Corsol miraba á todas partes, por ver si asomaba el Cavallero de las armas blancas, y su compañero, y vidolos venir con tan lindos continentes, que no podía ser mas. Y dixo al Rey Calusa: Mirad, señor, qual viene aquel Cavallero de las armas Blancas, Los otros Cavalleros no se levantaban, y el Conde ya venía á buscar justa. Yendo por el campo adelante, paróse de cara del cadahalso, y dixo Guadin: Vamos mas adelante, compañero, y hallaremos justa. El buen Conde respondió: Hermano, espereemos aqui un poco, y veremos como salen á el Tornéo. Estando en estas razones, estaban armando a el Rey Hernán para la justa, y vidolo Guadin, y dixo al Conde: Mira que se está aderezando un Cavallero á las puertas del cadahalso, donde estaba el Soldán. Dixo el Conde: Pues yo quiero ir á ver quien es, y puso la lanza en el ristre, y fue quanto la fuerza del cavallero lo pudo llevar. Esto hacia el Conde con grande orgullo de corazon, porque era el tercero dia, y entendia, que el Soldán llevaba lo mejor. El Rey Hernán que lo

vió, salió á recibir puesta la lanza en el ristre, y dieronse tan grande encuentro, que las lanzas volaron en piezas, y el Conde le dió á el Rey Hernán por medio de la targia tal golpe, que dió con él en tierra, y cayó de cabeza, y estuvo muy fuera de sí á la puerta de el cadahalso, y tomó el Conde el cavallo de el Rey Hernán, y llevólo á Guadin su compañero. Entonces dixo el Rey Corsol á los otros Reyes: Veis qué bien lo ha hecho el buen Cavallero de las arma blancas? Y dixerónle los otros tres Reyes: Cierto que es muy aventajado Cavallero. Y dixo el Rey Corsol á un su Doncél, que fuese á ver quien era aquel Cavallero. Y luego fue á saber lo que el Rey Corsol le mandó, y dieronle por respuesta, que era Christiano, y que era del Reyno de Francia. Desque lo oyeron la Emperatriz, y Urraca, y Persides la Doncella, comenzó a llorar la Emperatriz, diciendo: Amigo de mi corazón, si fueses tú aquel con quien yo me deleytaba en el tiempo pasado, qué alegría pasara mi corazón. Entonces rogaron á Dios la Emperatriz, y su hermana Urraca, que lo librase, y guardase. Estando en esto, andaba tan recio el Torneo que era maravilla entre los Alemanes, y Franceses. Los Alemanes eran muchos, y Franceses pocos, el Rey de Francia era mozo, y no usado en batalla, y los Alemanes llevaban á los Franceses acosados por un arenal adelante; y viendo los el Conde, y oyendo las voces que daban, dixo á Guadin: Hermano ayúdemos á los Franceses, que el Rey de Francia es mi primo, que aunque ahora lo quiero mal, el corazón se me quiere quebar en mirar, que lo pasa tan mal. Guadin respondió, que le placía de grado. Luego Guadin se puso el yelmo, fueronse á hallá. El Conde dixo á Guadin: Quando llegáremos á la batalla, direis el apellido de Francia, que es San Dionís, y entonces conocerán los Franceses, que somos en su ayuda: y él lo hizo así. Grande fue el placer que tuvo Guadin, habiendo oído al Conde, que era de linage de Reyes; y así que fueron llegados, hicieron tal carnicería en los Alemanes, y con tanta ferocidad, que bien veían que el Cavallero de las armas blancas era el mejor Cavallero del Mundo. Allí volvieron los Franceses sobre los Alemanes, que á qualquiera que el Conde alcanzaba, luego le hacía venir á tierra del cavallo abaxo, de suerte, que los

Franceses los metieron en un Río adelante, de tal manera, que entre los muertos, y ahogados hallaron mas de doscientos. Los Franceses se volvieron muy alegres, y regocijados con el buen Cavallero de las armas blancas, dándole gracias. Rogóle el Rey de Francia, que le dixese su nombre. A que el Conde le respondió en lengua Griega, porque no lo conociese; y Guadin dixo entonces al Rey, que no procurase saber su nombre, porque no lo diría en ninguna manera, hasta que todos los Torneos fuesen del todo hechos, y acabados, y así no le respondieron: y los Franceses se fueron á sus tiendas, y el Conde, y Guadin se quedaron en el campo, en el lugar donde solían estar cerca del cadahalso; y dixo Guadin al Conde: Señor, vamos de aquí, no busquemos mas respuesta, que tan trabajado estoy, que mas quiero yo holgar, que tornear. El Conde le respondió: Hermano, holgad, y no trabajéis mas; y el Conde Partinuplés le rogó mucho, que se estruviese quedo. El Conde tomó una lanza, en semejanza de que quería justar, y todo esto miraba el Rey Corsol, y dixo á los otros Reyes: Mirad, Señores, aquel Cavallero que ahora se escapó de tanto trabajo, y está esperando justa. La Emperatriz, y Urraca havian tan grande placer, que era maravilla, y los dos Reyes tenían que contar de su hacienda: y todavía el Rey Clausa decia que era mejor Cavallero el Soldán de Persia. Estos estando en esto, estaba tratando el Rey Hernán como mataría á el Conde de Blés, y fuese á el Soldán, diciendo: Señor, veis aquel Cavallero como busca vuestra deshonor, y anda en vuestro deservicio, y dice mal de vos? Entonces le pesó á el Soldán, porque entendía, que era malicioso todo aquello que decía el Rey Hernán, que bien sabía el Soldán, que era uno de los mejores Cavalleros del Mundo; y el Soldán respondió: Pues tanto mal decis de este Cavallero de las armas blancas, y os teneis por tan esforzado, por qué os dexasteis vuestro cavallo? El Rey Hernán respondió: Por cierto, señor, yo haré de guisa, que muera el Cavallero de las armas blancas, sea V. alteza cierto de esto. A que respondió el Soldán Haced de la manera que quisieredes. El Rey Hernán dixo: Señor, quando vuestra Alteza saliere á justar con él, y fuere el uno para el otro, saldré yo con mi lanza á herir por el costado de tal manera que luego muera: y ordenaronlo así, y el Soldán de

de Persia lo puso de cara del cadahalso encima de un poderoso cavallo. Mirabale Guadin como estaba aderezado, y dixo á el Conde: No veis como se adereza el Soldán para la justa? Y dixo el Conde: Esto es lo que yo espero. Guadin se puso el yelmo, que bien veía, que se havia de vér en rebuelta, y fuese el Conde para el Soldán, y el Soldán para el Conde, y yendose el uno para el otro, vió Guadin como se armaban algunos Cavalleros para matar á el Conde Partinuplés, y con estos Cavalleros salió el Rey Hernán de debaxo del cadahalso, y comenzó luego á decir Guadin á el Conde: Señor, guardaos de la traycion, que viene al través otro Cavallero para os matar. Y el Conde miró, y vidole venir, y dixo al Soldán: Haced como buen Cavallero; y del Soldán se bolvió para el cadahalso paso entre paso, por quanto no quiso hacer traycion, porque le estaban mirando todos: y el Conde fue para el Rey Hernán, y dieronse tan recios encuentros, que el Rey encontró á el Conde por medio de la targia, de tal manera, que hizo la lanza pedazos, y el Conde dió á el Rey otro encuentro, que le pasó las armas, y se echó un brazo de lanza de la otra parte, y cayó el Rey muerto, de lo qual se holgaron todos los que estaban en el campo, y mayormente la Emperatriz, y Urracla su hermana, y el Rey Corsol, y Guadin, porque tan bien lo havia hecho, por la traycion que le cometió; y como estos huvieron así placer, tanto hubo de pesar al Rey Clausa, y al Soldán; y ellos así estando, tañeron á Visperas. Desdeque vió el Cavallero de las armas blancas, que era hora de dexar el Tornéo, tomó en sí muy gran orgullo, que entendia que no havia hecho alguna cosa, y que el Soldán llevaba lo mejor; dexóse ir tan recio encima de su buen cavallo, quanto su fuerza lo pudo llevar, y fuese para el Soldán de Persia, y el Soldán lo salió á recibir; y antes que acabase de salir, encontró el Conde con él, y dióle un grandísimo encuentro, de tal manera, que si algunos Cavalleros no le socorrieran, lo pasára muy mal el Soldán. Luego el Conde saltó del cavallo con espada en mano, y comenzó á pelear con ellos, de manera, que salieron del cadahalso, y el Conde estaba tal, que al que se le ponía por delante, en mal punto era para él. Tenia el Conde tantas lanzas sobre sí, que parecia Toro agarrocheado, y estaba co-

mo un Leon muy feròz, y todavia le parecia, que el Soldán llevaba lo mejor, y no vagaba tocar trompetas, ni dár voces los Jueces, que cesase el Tornéo: él no lo queria dexar, que entendia que no havia hecho cosa alguna, y no quiso el Conde partirse de allí, hasta que fue de noche, y mandaban los Reyes, que cesase el Tornéo, y todavia no lo queria dexar. Guadin rogaba á los Reyes, y besabales las manos, porque lo fuesen á despartir. Entonces descendió la Emperatriz, y echóle los brazos encima, y si no fuera por verguenza, lo llevara consigo; si no que pensó, que no era Partinuplés, y así los despartieron, y llevaron a la Emperatriz á la Ciudad, y metieronla en sus Palacios, y el Conde, y Guadin se fueron para sus tiendas, y las mesas fueron puestas, y luego dieron de cenar á el Conde. Y desdeque huvieron cenado, fueronse á dormir, que bien trebajados estaban; y dixo Guadin al Conde: Señor, mañana es el examen del Tornéo. Y dixo el Conde: Eso sesia si yo no huviese de ir á otro cabo; y dixo Guadin: A dónde tienes, Señor, que ir? Y dixo el Conde: Yo hice pleyto omenage á la Reyna Ansies de ponerme en su prision antes que el Rey Hernán tornase del Tornéo. Guadin dixo: Pues que pleytose hizo, no padezca la Reyna Ansies: pero si pudieramos quitar por ruegos, bien seria; o sino, yo quedaré en rehenes hasta que veais la determinacion del Tornéo. Y el Conde le dió muchas gracias por su buena voluntad.

CAP. XLVI. Como el Conde, acabado el ter-
cero dia del Tornéo, fue á cumplir el pleyto
omenage á la Reyna Ansies, que era en
Damasco, y como entre los Reyes hubo
contienda sobre quien lo havia hecho me-
yor en el Tornéo.

EL otro dia por lo mañana alzaron sus tiendas, y se fueron su camino por la Ciudad de Damasco, de donde era la Reyna Ansies. Mientras ellos fueron, entraron los Reyes, Soldanes, y Ricos Hombrés á la sala donde estaba la Emperatriz, para determinar qual era el mejor Cavallero, è hicieronse poner muy grandes estrados, y hallaronse todos de un acuerdo, que no havia quien mejor le pudiese pertenecer, si no era el Cavallero de las armas blancas, ó á el Soldan de Persia. Y despues que fueron ya examinados, manda-

ron

ron llamar á el Soldán , y á el Cavallero de las armas blancas , y buscaron á el Conde primero , segundo , y tercer día , y nunca lo hallaron , y el Rey Clausa daba grandes voces , que diesen á la Emperatriz por muger de el Soldán de Persia , que aquel era perteneciente para su Señoría. El el Rey Corsol decía , que no se podía hacer hasra que pareciese el Cavallero de las armas blancas , que no perdería su derecho , que aún tenía de plazo nueve días , y mas treinta días ; y quando estos días fuesen pasados , que se podría hacer aquello. A esto ayudaban á el Rey Corsol los Franceses , y Castellanos. Bolvamos aora á el Conde , y Guadin , que fueron á la Ciudad de Damasco , y hallaron las Almenas todas cubiertas de luto : y quando entraron por la Ciudad , oyeron gran llanto , y quiebra de escudos , que no siento hombre que lo viera , que no huviera lastima. Fueronse para el Palacio de la Reyna Ansies , é hicieronla reverencia , y dixo el Conde : Señora , veisme aqui. La Reyna le respondió : Amigo , id vos en hora buena , que no os he menester , porque el Rey mi Señor es muerto : yo os suelto el pleyto omenage. El Conde la besó la mano , y se fue su camino. Al cabo de ocho dias tornaron al lugar do solia tener las tiendas , y holgaronse , y echaronse á dormir.

CAP. XLVII. *De como el Conde tornò libre de Damasco de cautiverio , y fue á ver la determinacion del Tornèo.*

OTRO día , quando fue antes del Alva , levantòse el Conde , y llamò á Guadin á grande prìesa , y levantòse. Entonces dixo Guadin : Aora os levantaís de madrugada , señor , porque es el exámen , mas no quando os tiraba de las piernas , para que luego fuesedes al Tornèo. Luego Guadin mandò á sus criados , que guisasen de almorzar muy bien ; y dixo á el Conde , que si irían desarmados ? El Conde dixo , que no. Y luego fueron armados , y asentòse á almorzar : y desque huvieron almorzado , cavalgaron en sus cavallos con sus lanzas en las manos. Dixo Guadin á el Conde : Señor , no lleveis yelmo puesto , pues no haveis de tornear. Dixo el Conde : Amigo , yo no tengo paños de oro ; y si por puñadas lo hemos de librar , mejor iremos armados , que no en otra manera. Desque asomaron por un cerro , vidolos el Rey Corsol que toda-

via , mientras que fué á librarse de la prision de la Reyna Ansies , miraba quando veria asomar á el Cavallero de las armas blancas , y su compañero : y luego mandò el Rey Corsol tocar las trompetas ; salieronlos á recibir el Rey de Francia , y los los Españoles , el Rey Corsol , y el Rey Clausa , que estaban en el Palacio de la Emperatriz. Estaban en porfia estos dos Reyes , que eran los Tutores de la Emperatriz , que decía el Rey Corsol , que era mejor Cavallero el de las armas blancas , que el Soldán de Persia. El Rey Clausa decía , que era mejor el Soldán , que no sabian quien era el otro Cavallero. El el Rey Corsol fue para el Conde , y preguntole de su hacienda. Y el Conde le dixo quien era , y cómo se llamaba , y de donde era. Desque lo oyó el Rey Corsol , lo fue á abrazar , y de alli fue adonde estaban los otros Reyes , y les dixo como era sobrino del Rey de Francia , y que venía de linea de Reyes , y que era Conde de Blés , y como se llamaba Partinuplés. Desque la Emperatriz oyó decir Partinuplés , cayó amortecida en los brazos de su hermana , y Urracla la tomó en sus brazos , porque los Reyes no la viesén. Y como andaba el Soldán de Persia en el campo , y sus diez y nueve Reyes , todos vestidos de oro , y seda , con muy ricos collares de oro , y piedras preciosas , y el Conde andaba por el campo con su compañero armado , mientras los Reyes estaban en su Consejo del que havia de ser Emperador : y quando víeron aquellos dos Reyes , que eran los dos Cavalleros mejores del Mundo , los unos decian , que mas pertenecía el Soldán para Emperador , que el Conde ; otros decian , que mas pertenecía el Conde para Emperador , que el Soldán de Persia , de tal manera , que havia grande question sobre el escoger. El Soldán se quisiera en esta hora hallar armado , mas que con la Corona , que en la cabeza tenía.

CAP. XLVIII. *Como determinaron los Reyes , que la Emperatriz de su voluntad escogiese qual de los dos quisiese por marido , y ella escogió al Conde Partinuplés.*

ENTRÉ los Reyes hubo de haver esta ordenanza , que pusiesen á los dos Cavalleros , y que la Emperatriz tomase por marido qual de aquellos quisiese , y todos los Reyes dixeron lo mismo,

mo, y así lo otorgaron. Luego el Rey Corsol, y el Rey Clausa se fueron para la Emperatriz: á contarle en la manera que pasaba, que tomase qual su Alteza quisiere: y luego llevaron á el Soldán, y al Conde delante de la Emperatriz, y la Emperatriz llamó al Rey Corsol, el qual fue á su llamado, y la Emperatriz le mandó que fuese el Caballero de las armas blancas, y que hiciese quitar el yelmo: y luego el Conde mandó á Guadin, que lo quitase; y desde se lo huvieron quitado, tenía el Conde el camison mas negro que la pez del orin de las armas, y blanqueabale la cabeza como la nieve. Quando la Emperatriz lo vió, conociólo muy bien, y rembrandole á la señora las carnes del placer, que su corazon tenia, que si Urracla su hermana no la llevára las manos puestas en las espaldas, y los dos Reyes por los brazos, no pudiera andar un paso con ella, que luego no se cayera: y quando así la llevaban por el estrado, bien pensaron, que fuera á echar mano del Soldán porque estaba mas ricamente vestido; y quando llegó á ellos la Emperatriz, fue á echar mano del Conde, rembrandole las manos. Desde esto vió su amigo Guadin, fuese á besar las manos, diciendo: Viva, viva mi Señor el Emperador Partinuplés. Luego los Reyes tomaronlo en los brazos, y alzaronlo por Emperador, y le besaron la mano, y obedecieronle por Señor. De esto hubo gran placer el Rey de Francia su primo, porque era Emperador, y los Españoles asimismo; y luego fue derramado el Tornéo, y cada uno se fue á su tierra, salvo el Rey de Francia, y los Españoles, que quedaron para las bodas del Emperador: y allí fueron hechas muchas hazañas, que no se pudieran contar. Y acabadas las bodas con muchos placeres; el Rey de Francia, y los Españoles se fueron para sus tierras, y por todo el Mundo tuvieron que contar las noblezas, y Cava-

llos del Emperador Partinuplés, que le vieron hacer en el Tornéo, por lo qual cobró el Imperio.

CAP. XLIX. Como el Conde Partinuplés, hecho Emperador, hizo Christiano á Guadin su compañero, y lo hizo Condestable de su Imperio.

DExémos á el Emperador, que estaba con la Emperatriz con mucha alegría, y con su hermana Urracla, y bolvamos á Guadin, que despues que fueron hechas las alegrías de las bodas del Emperador, qué es lo que hizo. Fuese á el Emperador a le demandar licencia para irse á su tierra con sus tres Pages, y le dixo: Señor, pido por merced á su Alteza me dé licencia para ir á mi tierra con mis tres Pages. Quando el Emperador esto oyó, hubo gran pesar, porque Guadin se quiso ir de su Imperio, y rogóle mucho, que no se fuese, si no que siempre estuviese en su Imperio: y tambien lo que le rogaba, que se tornase Christiano, y que lo haria Grande de su Imperio. Guadin amaba tanto á el Emperador, que era maravilla, y dixo, que le placia de hacerlo así, por darle complacer: y quando el Emperador lo oyó, hubo en sí grande alegría, y se fue luego á la Emperatriz, y contóla quanta honra Guadin su compañero le havia hecho, y como se queria tornar Christiano por su ruego. Entonces la Emperatriz hubo mucho placer en saber lo que su compañero Guadin havia hecho por el Emperador Partinuplés, que ella queria ser su Madrina, y el Emperador su Padrino: pusieronle por nombre Julian, y quando fue tornado Christiano, luego le hizo Condestable de su Imperio, y casó con una Doncella hijadalgo, y muy hermosa, y le dió muchos bienes con que viviese. Y entonces Julian besó las manos á la Emperatriz por tantas mercedes como le havia hecho.

F I N.

I-6

JOVELLANOS

T 3-

